

ADOLFO P. CARRANZA

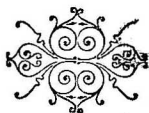
---

# HOJAS HISTÓRICAS

(CON ILUSTRACIONES)

---

SEGUNDA EDICION



BUENOS AIRES

---

IMPRENTA EUROPEA, MORENO Y DEFENSA

---

1898



---

## San Martín



Por su génio, por sus virtudes y por los resultados de su labor, SAN MARTIN es el mas noble, el mas grande de los argentinos y su accion la mas positiva y la mas

benéfica de cuantos la han ejercido en el nuevo mundo.

No hay sombras en su vida pública.

La calumnia pudo incomodarlo en vida y perseguirlo hasta despues de su muerte, pero ahora, que se conoce la verdad, que se han enfriado las pasiones y los rencores contemporáneos, se destaca magistoso como los picos nevados de las cumbres,—mas alto, mucho mas, que las alturas que parecen inaccesibles al que las vé de la llanura.

Fué una mision, se ha dicho. No lo negamos, pero hay que confesar que ese término le achica.

No! El Libertador de media América es, ante todo un patriota, y sobre todo un carácter.

Ese título, es la razon de su colosal grandeza.

Como Washington, fué el primero en la guerra, y llevó la bandera de su patria hasta donde mas lejos ha flameado. Como él, envainó la espada cuando terminó su obra y no osó sacarla para derramar sangre de hermanos. Como él es el primero en el corazon y en la admiracion de sus conciudadanos.

Es el General mas puro de la emancipacion americana, porque formó ejércitos con paciencia, con habilidad, con sacrificios: sin violencias, sin arbitrariedades, sin escándalos.

Les llevó al triunfo en orden y con disciplina. Supo mantenerlos en la moral y el honor, fuera de la tierra natal, y no pesó nunca con sus legiones en los países que libertaba con sus armas. Cierto es que de ellos salian *llevando solo sus heridas*, segun la magnífica frase de Necochea.

Atravesó montañas, surcó mares y se fatigó en los desiertos.

Su voz apenas se oyó entre el fragor de la guerra, y cuando se alza, es para que conozcan los pueblos una de sus jornadas que marcan un acontecimiento en la historia.

Con qué laconismo dice: «En 24 dias he hecho la campaña, cruzado las mas altas cordilleras del globo y dado libertad á Chile.»

Venció pueblos y no los ahogó con el estrépito

de sus victorias; al contrario, fué modesto, tolerante, respetuoso, cuando la fortuna y los laureles pudieron corromper su austeridad y sus principios.

Entró á Lima de incógnito, recogió el estandarte de Pizarro y anunció que el «Perú era desde ese momento libre é independiente por la voluntad de los pueblos y de la justicia de su causa que Dios defiende.»

Su abnegacion es única en los anales de la humanidad, cuando en el apogeo de la gloria se retira, silencioso, resignado y pobre, para no volver adonde, «su presencia fuera un peligro en las naciones que se constituian».

Aquello fué un misterio, hasta que veinte años despues, como un eco de ultratumba, se conocía con estas sencillas palabras, escritas á Bolívar:

«Mi presencia es el solo obstáculo que le impide á vd. venir al Perú con el ejército de su mando».

Ese es el grande! y su figura histórica, que tiene por pedestal los Andes, protegerá eternamente los Estados que forman la hegemonia argentina de la que fué su representante armado, su númen, su alma y su victoria!

---

---

## Viajes rápidos



Entre los adelantos materiales que han transformado á nuestro país, en estos últimos años, se encuentran primordialmente, las redes de ferrocarriles que salien-

do de la Capital de la República, recorren centenares de leguas en todas direcciones; á Bahía Blanca, á San Juan y á las fronteras con Bolivia.

Debido á ellos, se hacen en horas los largos viajes que á lomo de mula y en la antigua *galera*, duraban, en ocasiones, meses, á través de las pampas y los ríos, de los bosques y de las montañas del territorio argentino.

Los viajes entónces eran molestos y peligrosos aunque no careciesen de atractivos y aventuras agradables.

La monotonía de la Pampa, solitaria é interminable, dominada generalmente por los salvajes; en

el interior, serranias escabrosas, salinas estensas y llenas de pantanos que se atravesaban temiendo siempre que se agotase el agua de los *chifles*, en sus vastas soledades; rios desbordados; campos con guadales y biscacheras; bosques de árboles frondosos y de vejetacion exhuberante, algunos de arbustos, garabatos y jarilla otros, donde se asilaban los salteadores ó se perdía la huella y la direccion, haciéndose pedazos el viajero que, sin rumbo ni baqueano, pretendía salir á las abras, que de tarde en tarde aparecen.

El indio vigilando el desierto, y el gaucho malo, dueño de los caminos, asolaban la campaña, quedando la posta, aislada y sin recursos, cada cuatro ó seis leguas,—que era un rancho pequeño y sucio, con paredes de horcones rellenos de barro y techo de jarilla ó totora, apretado con el mismo material, para servir de posada al transeunte, que cambiaba en ellas de caballo, si es que tal podía llamarse un mancarron, estropeado y lleno de mataduras.

Los desertores de las guarniciones de frontera vagaban tambien por los campos del sud, cometiendo fechorías, y las sierras de Córdoba atestadas de bandidos, como los llanos de la Rioja de *lagunistas*, mantenian fuera, nó de la civilizacion, sino mas aun, de la poblacion, zonas inmensas, que arrancadas dia á dia á la barbarie y al misterio, colocarán á la República en la altura que el destino le reserva.

La Pampa, inmenso mar de tierra que se perdía en el horizonte lejano, atribulaba el espíritu de los que la cruzaban amilanando al viajero que se estre-

mecía mas que de oír el alarido del salvaje, á la idea de que se le agotasen los recursos.

En la falda Andina, la distancia que media entre San Juan y Mendoza era llena de penurias, por terrenos fragosos y faltos de agua para abrebar la sed, bajo un sol canicular.

Hasta hace siete años se preferia recorrerla de noche y entónces tambien los vientos de la cordillera eran incómodos y frios.

No obstante, el viajero á caballo tenia mas ventajas que el pasajero de la mensajeria. El argentino cuando cabalga, es dueño de su voluntad y se cree el señor de la tierra.

Años atrás no habia uno que no fuese ginete y hoy quizá se avergüence el que diga que no sabe galopar durante algunas horas.

La galera, como era llamado el clásico vehículo que desde Jujuy á Patagones, y del Rosario á San Juan, Rioja ó Catamarca, trasportaba á las personas acomodadas, hacia verdaderas peregrinaciones.

Los viajes llenos de peripecias, que con los vuelcos, descomposturas, empantanadas, pesadez por la excesiva carga etc., duraban uno y hasta dos meses, eran objeto de comentarios y de bromas, de los que queda la crónica y pronto será una tradicion.

El peon de ellas, es digno de un estudio especial. Incansable sobre el caballo, arrojado, activo, honrado, no llevaba mas arma que un pequeño cuchillo atado á la bota, y alegre, satisfecho, marchaba cantando, leguas y leguas, por años y años.

Los arroyos de la provincia de Buenos Aires, eran continuos y pantanosos—Las crecientes que bajaban de los cerros, bañando las llanuras de la Rioja, Santiago, Catamarca y Tucuman, obligaban á viajar dias enteros sobre el agua; atravesándose los rios á nado ó en balsas de cuero que se hacian á propósito.

Las tropas de carretas formaban carabanas para salvar los distancias que separaban á los pueblos reuniendo elementos y aunándose para resistir al malon de los indios ó á las tropelias de los salteadores.

Los que van á las provincias mediterráneas, y desde el tren estienden su vista sobre esas comarcas, muchas de ellas aun despobladas, se darán una idea de lo que sería nuestro territorio, setenta años atrás.

Todo aquí es nuevo, menos el desierto, la estension y el peligro, que son mellizos con la formacion del continente.

Con los primeros conquistadores, vinieron los caballos, y sus crias se desarrollaron al par que los hijos de aquellos, hasta que el hombre dominó al bruto y le dió ánimo y fuerzas para declararse único dueño de la tierra en que naciera y de esa union el gaucho fué su vínculo; raza que se vá como si comprendiese que con Güemes y La Madrid, Ramirez y Peñaloza, completó su mision.

Conocidos estos antecedentes, pueden valorarse con mas exactitud la rapidez de los viajes que

en diversas épocas han hecho algunos hombres de posicion, quedando envueltos por la abrumadora accion del olvido, los de viajeros ignorados que quizá efectuaron muchos extraordinarios, no recojidos por la tradicion.

Las distancias entonces eran indudablemente aumentadas en cuanto al número de leguas, por ser calculadas, ó de *posta*, como se llamaban, pero ello no disminuye el mérito si se pára la atencion al recorrer las localidades.

Para estos apuntes nos hemos servido en los casos dudosos de los itinerarios que trae Parish, en su obra: *Buenos Aires y las Provincias del Rio de la Plata*; de los que consigna Ruck en su *Guia general de Bolivia*; de la *Guia de Forasteros* de 1836 de la Paz y el *Itinerario general de correos americanos*, de Lima en 1825, que eran los que con pequeñas alteraciones han existido hasta ahora pocos años, en que nosotros fuimos de los últimos en seguirlos

---

El año 1767 llegó á Buenos Aires la orden de espulsar á los Jesuitas de América.

Era Gobernador el teniente general don Francisco de Paula Bucarelli y Urzua, quien comisionó á don José Ignacio de Merlo para que llevase á Charcas y Lima los pliegos que iban dirigidos á la Audiencia de la primera y al Virey de la segunda, con el mismo objeto.—Hizo el viaje en cuarenta dias cruzando las mil leguas que separan á ambas capi-

tales, á pesar de las detenciones que sufrió por falta de caballos, como por la fragosidad del camino, rigidez é intemperie de los climas, etc., etc.

—Ignoramos quién fué el portador á Lima, de la noticia de la capitulacion de Beresford.

Esta se firmó el 12 de agosto, y el 22 de setiembre, ya se conocía en la ciudad de los Reyes, segun se desprende de lo que á continuacion trascribimos del número 35 del *Minerva Peruana* que tenemos á la vista.—«Lima, 23 de setiembre de 1806—«Ayer llegó á esta capital un extraordinario que salió de Arequipa con la plausible noticia, que las victoriosas armas de nuestro católico Monarca han recuperado la plaza de Buenos Aires el 12 de agosto».

—El rechazo de la segunda invasion inglesa á Buenos Aires, fué el 6 de julio de 1807.—El famoso correista Escalera llevó la noticia á Lima probablemente en el mismo tiempo que el anterior, pues ya el 1º de agosto había recorrido las quinientas cincuenta leguas que hay de esta capital á la de Bolivia, segun lo dice René Moreno en su *Biblioteca Boliviana*, en una nota á la «Oracion fúnebre» pronunciada en sufragio de los que en aquel hecho memorable fallecieron.

«Sabido es que en la tarde del 1º de agosto llegó á Chuquisaca un extraordinario con la noticia de la victoria y que fueron magníficas las fiestas para celebrarla é incomparable el júbilo de las clases sociales».

—Cuando el virey Cisneros tuvo conocimiento de su deposicion, en la Asamblea del 25 de mayo de

1810, confirió sus poderes á Liniers, para que, valiéndose de su influencia, hiciera un esfuerzo reaccionario contra la revolucion, y fin de que obrára con urgencia, despachó al jóven José Melchor Lavin quien llegó á Córdoba el 28 de mayo á las once y media p. m. salvando en tres dias las ciento cuarenta leguas kilométricas que existen.

Este mismo, siendo argentino, ascendió hasta el grado de coronel en el ejército realista, tanto por su valor cuanto por la crueldad que ejercia contra los patriotas.

—En junio de 1810 era gobernador de Salta el coronel Nicolás Severo de Isasmendi, quien notando que los miembros del Cabildo simpatizaban con el pronunciamiento estallado dias antes en Buenos Aires, los redujo á prision.

Uno de estos era el rejidor don Calixto Ruiz Gauna, quien logró fugarse y conducir á esta ciudad, la manifestacion que hacia el Cabildo en favor de la nueva causa.

Hizo el viaje en ocho dias, recorriendo las cuatrocientas cincuenta y dos leguas que median entre ambos pueblos.

Como para alivianar el montado estuviese descalzo, estribando con el dedo grande del pié, fué necesario cortárselo para apearlo, porque la gangrena ocasionada por el roce del metal, comenzaba á hacer sus efectos.

Gauna fué, mas tarde, teniente coronel de los ejércitos de la Patria y uno de los vecinos mas respetables de Salta.

—El mayor Corvalan fué designado por la Junta de *Mayo* para llevar á Mendoza las comunicaciones de su instalacion:

Llegó el 13 de junio á aquella ciudad y pasó al Fuerte de San Carlos.

Allí supo que, el 29, el gobernador Ansay habia encarcelado á varios patriotas y obraba en combinacion con el general Concha, de Córdoba. Inmediatamente tomó la posta y en cinco dias llegó á Buenos Aires, para instruir á la Junta de los manejos é intrigas que se fraguaban. Ésta, le ordenó que regresase, y con las fuerzas que tenia el teniente coronel Moron en el fortin del Rio Cuarto, derrocasse á Ansay, como sucedió en efecto el 16 de julio de 1810.

De Buenos Aires á Mendoza hay 222 leguas kilométricas.

Con tal motivo el pueblo cantaba por las calles varias estrofas, una de las cuales era:

Ahí viene Corvalan  
De posta en posta,  
Matando sarracenos  
Como langosta.  
Señor don Félix Ferreira (1)  
Tiene vd. cara de quisco;  
Cuando vino Corvalan  
Fué llorando á San Francisco.

—El ayudante del general Belgrano en la batalla de *Tucuman* del 24 de setiembre de 1812, teniente

---

(1) Era muy adicto á los españoles y se habia ocultado en ese Convento.

primero don Gerónimo Helguera, condujo el parte de ella á esta capital.

En seis dias atravesó las 249 leguas kilométricas que existen, por lo que contrajo una enfermedad que quebrantó para siempre su salud.

El gobierno le dió el grado de capitán en premio á su comportamiento en día tan glorioso para nuestras armas y como recompensa á su actividad.

—La batalla de *Chacabuco* tuvo lugar el 12 de febrero de 1817.—El general San Martín honró al sargento mayor Manuel de Escalada, encargándole la conducción de la noticia á Buenos Aires.

«Era el 14 de febrero, á las 3 de la tarde—dice Hudson—que á gran galope, lleno de polvo, radiante de entusiasmo y desplegada una bandera española prisionera, apareció aclamando, al mismo tiempo *victoria*, en la plaza de Mendoza, el mayor Escalada, portador de la noticia del inmortal triunfo de *Chacabuco*. Todo el pueblo se agolpó en aquel lugar, que era estrecho para contenerlo. Se entregó allí á un júbilo que rayaba en locura. Las campanas de los templos estuvieron á vuelo por muchas horas, el cañon y cohetes voladores festejaban el feliz acontecimiento. Dos horas se hallaron espuestos en los altos del Cabildo esos trofeos de la victoria de nuestro ejército,—¡ensayo de alta gloria de estos jóvenes soldados que vencian á los vencedores de Aurtelitz y Marengo! Al fin de esas *dos* horas el ayudante de campo Escalada, continuó su marcha á Buenos Aires....»

Parece sin embargo que Escalada se detuvo en

Mendoza, quizá para descansar, pues, según la carta de Pueyrredon á San Martín del 24 de febrero, dice:

«Ayer ha sido un día de locura para este gran pueblo; no tengo tiempo para espresar á vd. los términos con que se ha explicado el sentimiento de regocijo público, por la victoria de *Chacabuco*, cuya noticia llegó á las *nueve* de la mañana por pliego despachado por Luzuriaga. Eran las doce de la noche y aun se oía un ruido sordo de vivas y estruendos en toda la ciudad. La fortaleza y seis buques de nuestra marina hicieron salva. Escalada, que conduce los pliegos aun no ha llegado y me tiene impaciente su demora, porque quiero imponerme de algunos pormenores de la acción....»

Es indudable entonces que algún *chasqui*, le relevó en aquella ciudad ó en otro punto del camino, y él según la Gaceta del 27, llegó el 26 á las tres de la tarde.

El parte que le entregó San Martín en la tarde del 12 y que era leído por el Director Supremo doscientas ochenta horas después, á trescientas diez leguas de distancia era el siguiente:

*Al Excmo. señor Director Supremo del Estado.*

Excmo. señor: Una división de 1800 hombres del ejército de Chile acaba de ser destrozada en los llanos de *Chacabuco* por el ejército de mi mando en la tarde hoy, 600 prisioneros, entre ellos 30 oficiales. 450 mulas, una bandera que tengo el honor de dirigir es el resultado de esta jornada feliz con más de mil fusiles y dos cañones.

La premura del tiempo no me permite estenderme en detalles, que remitiré lo mas breve que me sea posible, en el entretanto debo decir á V. E. que no hay espresiones cómo ponderar la bravura de estas tropas; nuestra pérdida no alcanza á 100 hombres.

Estoy sumamente reconocido á la brillante conducta, valor y conocimiento de los señores brigadieres don Miguel Soler y don Bernardo O'Higgins.

Dios guarde á V. E.

Cuartel general en *Chacabuco*, en el campo de batalla, febrero 12 de 1817.

JOSÉ DE SAN MARTIN.

—El desastre de *Cancha Rayada* fué la noche del 19 de Marzo de 1818.—En la dispersion, el teniente José Samaniego huyó hácia Santiago de Chile, donde entró á las 12 de la noche del 20, recorriendo en veinte y siete horas las ochenta leguas que separan ambos puntos, segun el testimonio de los historiadores y los documentos que con ese motivo se produjeron.

Al mismo tiempo tomaba la direccion de Mendoza el teniente de artillería de los Andes, Manuel Aranda (mendocino), quien «salvando en alas del pavor» mas de ciento cincuenta leguas, estaba en aquel pueblo el 23.

«Entróse á una casa, dice Hudson, postrado del miedo y del cansancio y dijo á su familia: *Todo se ha perdido, el ejército de la Patria ha sufrido una completa derrota.* Esparcióse en el acto la

fatal noticia y llegando hasta el general Luzuriaga, mandó llamar el oficial á su presencia. Le cuestionó sobre el suceso, y con las lágrimas en los ojos y el terror pintado aún en su semblante, Aranda le repitió aquellas mismas palabras».

El Gobernador le arrestó creyéndole un impostor, pero en la duda despachó al correista Escalera con comunicaciones para el Director Supremo, quien las recibió en Buenos Aires á los cuatro dias y medio; el 28 del mismo mes.

—Desde la ingrata noche del 19 de marzo, los jefes y oficiales del ejército patriota no habian tenido un momento de reposo, pasando la mayor parte del tiempo á caballo, particularmente en los que precedieran á *Maipú*. En este dia, que fué el 5 de abril, la jornada duró desde las 12 m. hasta la puesta del sol y como Escalada al frente de su Escuadron había sableado heroicamente al enemigo, puede calcularse el estado de cansancio en que se encontraba. El General en jefe le honró, designándole para que condujese el parte de batalla á Buenos Aires y el comandante Manuel de Escalada no rehusó el sacrificio poniéndose en marcha ese mismo dia á las 11 1/2 p. m.; atravesó la cordillera como con alas; el 8 á la oracion entró á Mendoza y el 17 entregó los pliegos en Buenos Aires al Director Supremo don Juan Martin de Pueyrredon.

Del llano de *Maipú* á esta capital, hay trescientas treinta leguas.

—San Martin entró á Lima el 9 de julio de 1821

—la noticia llegó á Santiago de Chile el 13 de agosto y á Buenos Aires el 2 de setiembre—fué su conductor un tal F. Gomez al que se le dieron 150 pesos por su comision.

—Vive en Bolivia don Leonardo Salinas, oficial del ejército, quien llevó en tres dias desde Sucre á la Paz, la noticia de la proclamacion de don Gregorio Pacheco, para presidente de la República. Son 124 leguas kilométricas y una parte por serrania.

---

La tradicion conserva en Santiago del Estero el recuerdo de los siguientes viajes rápidos:

—Don Juan Antonio Garcia fué y volvió á Tucuman en 16 horas—ochenta leguas de posta—á traer el consentimiento para el matrimonio de don Javier Frias con doña Januaría Yramain.

—Todos los años salía la procesion del Descendimiento, del viérnes Santo, de la Merced, pero el cura de esa ciudad se propuso trasladarla á la Matriz, sin autorizacion del Ordinario. Los mercedarios no satisfechos con esto, enviaron al padre fray Juan Pablo Fernandez, para que fuera en consulta al obispo de Córdoba, á cuya Diócesis pertenecía Santiago.

Salió de esta última ciudad el mártres Santo, estuvo en Córdoba dos horas, durante las que fué despachado favorablemente el asunto, y llegó de regreso el viérnes Santo á la tarde, cuando se armaba el Calvario en la Matriz; y con la providencia del Obispo, se suspende y se hacen trasportar todos los arreglos y santos á la Merced, de donde salió la pro-

---

cesion por la noche, asistiendo á ella el padre Fernandez hasta las once en que terminó.

De Santiago á Córdoba, ida y vuelta, aunque la via no es recta, hay mas de 100 leguas kilométricas

---

Si estos rapidísimos viajes á caballo, debidamente comprobados, no satisfacen la natural duda de los que los lean, agregaremos que Las Casas en el diario de Santa Elena, dice que Napoleon 1º fué de Valladolid á Burgós en cinco horas y media.

Es decir, galopó treinta y cinco leguas españolas en ese corto intervalo.

---

---

## La muerte de Quiroga

El general Juan Facundo Quiroga fué comisionado por el gobierno de Buenos Aires para arreglar las cuestiones que tenían divididos á los gobernadores de Tucuman y Salta.



Marchó con la mayor velocidad; pero antes de llegar á Santiago, supo que su presencia seria innecesaria, porque Latorre habia sido derrotado, prisionero y lanceado por el gobernador de Jujuí, que auxiliara á Heredia, el de Tucuman.

Continuó viaje y estuvo algunos dias en aquella ciudad, alojado en casa de Ibarra, donde se hacian tertulias por las noches y en las que, para halagar la pasion favorita del caudillo-huésped, se colocaba una mesa con montoncitos de onzas delante de su asiento y se abrian las ventanas á la calle para que el pueblo pudiese conocer y *admirar* á uno de los grandes hombres de la pseudo-federacion.

Ibarra le avisó que su vida estaba amenazada pues el rumor de que sus enemigos personales le preparaban una celada se extendía por todas partes y el hermano de aquél, don Francisco, se ofreció á acompañarle, trayéndole á Santa Fé por el camino de los Sunchales.

Quiroga no aceptó y se dispuso á regresar, contentándose con decir algunas veces «que los cordobeses no eran capaces de hacerle nada.»

---

En los primeros días de febrero de 1835 salió de Santiago y dos días después se encontraba á 35 leguas, en Pitambalá, detenido, por que la corriente del río Dulce le había llevado la galera en momentos de pasarla. Allí llegó don Angel F. Carranza, que regresaba de Buenos Aires, quien le repitió las voces que corrían y lo que había oído en la villa de los Ranchos al mismo don Francisco Reinafé, que no ocultaba sus resentimientos y deseos de venganza.

Quiroga venía muy enfermo;—estaba pálido y afectado por una tos continuada;—su abrigo era un ponchito de vicuña, terciado, como siempre lo usaba.

Mientras permaneció en la posta, estuvo sentado en un banquito, cabizbajo y reflexivo.

El doctor y general José Santos Ortiz, su secretario, y el correista José María Lueges (portehño),—el primero amigo y el segundo muy de la casa del viajero,—le rogaron que no cesara de in-

dicar á Quiroga que se volviese ó cambiase de rumbo.

Lueges, sobre todo, que seria una víctima inocente, se reducía por último á pedir que lo dejasen ir detrás de la galera y no adelante como lo ordenara Ibarra.

El viajero, á pesar de que veía la razon de lo solicitado y los peligros que les amenazaban, no se animó á insistir, porque conocia el carácter del soberbio riojano, agriado por la enfermedad, y porque comprendia por su semblante que no estaba para oír gestiones, ni cedería temeroso de que se diese otro significado á su prudencia, única cosa quizá que nunca podria consentir.

No obstante su aspereza y á fin de disimular su terquedad, el *tigre de los llanos* sentó en sus rodillas al hijo del viajero, le obsequió con unas uvas y conversó generalidades sobre la creciente del rio, la demora en sacar el coche, lo despacio que hacia su viaje, etc., etc.

Era ya tarde cuando pudo continuarlo. Aun entonces, Lueges se acercó á Carranza en su cabalgadura y con lágrimas en los ojos, recordó á sus hijos, renegando contra el destino que le empujaba inconsideradamente á morir, y se alejó despidiéndose, mientras la palabra se ahogaba en su garganta.

Tres dias despues, en la posta del Alto Grande el maestro de ella le suplicó que no siguiese;—le dijo que esa madrugada habian carneado allí, Santos Perez y su jente;—que tenia que enviar de pos-

tillon á un muchacho, y que, como Perez le habia manifestado que la órden era matar á todos, seria criminal hacerlo.

Pero, nada: Quiroga no cedia.

Se hizo tender la cama con su asistente, un negro corpulento, y se hechó á dormir tranquilamente.

En tanto el doctor Ortiz, que no podia pegar los ojos, fué á buscar al maestro de posta, á quien lo encontró cavilando para dar con el medio de mandar otro postillon;—escuchó todos los detalles de la tragedia que se preparaba y como tenia esposa é hijos y era un hombre inteligente y de lustre, abarcó los momentos de angustia que se pasaban y ocultando su llanto se retiró;—confiado no en que Quiroga retrocediera, sino en que Santos Perez se hubiese arrepentido.

El pobre doctor comprendió que estaba entre fieras y de las mas cebadas.

El 16 de febrero, temprano, salió la galera y como á las once, á tres leguas, en la mitad del camino entre dicha posta y Sinsacate, donde generalmente se daba un resuello á los animales, y á unas quince de Córdoba, estaba el gaucho de la Sierra, capitan Santos Perez y la fuerza que le acompañaba.

Lueges, que iba adelante, ya no pertenecia á los vivos, cuando, al acercarse al ramblon conocido por *Barranca Yaco*, sonó una voz de alto y se oyó el trapel de los milicianos que rodeaban el vehículo.

Quiroga sacó la cabeza por la ventanilla y con voz apagada, pero firme, dijo: «¿quién manda la partida?»

«Yó», contestó Perez, que acercando su caballo, alzó la pistola y disparó un tiro, dando la bala en la cabeza y causándole una muerte instantánea.

Despues vino lo mas bárbaro;—á excepcion de Ortiz, que tuvo idéntico fin al de su jefe; el negro, los peones, todos defendian su vida desarmados y con desesperacion hasta que el cuchillo terminó la escena.

---

Se sabe que los restos de Quiroga fueron traídos y están hoy á la entrada del cementerio de esta capital, en un sepulcro que tiene por monumento una estatua del dolor.

Se condujo tambien á esta ciudad y se exhibió algun tiempo la galera, que fué sacada del interior del monte, donde estaba escondida. Se capturó á los asesinos y á sus cómplices—se les procesó y por fin fueron fusilados unos y desterrados otros, dos años despues.

El correista Marin y el asistente del doctor Ortiz, que iban casual ó deliberadamente como á una cuadra detrás cuando oyeron el ruido de las armas y la confusion y gritos que se siguió, se metieron dentro del monte, que era espeso, y despues de andar algunas horas perdidos, un tal Videla les condujo á la posta de Sinsacate donde dieron las primeras noticias de lo ocurrido.

Marin estuvo algun tiempo con la cabeza trastornada, por efectos del susto, que no fué chico.

Creyóse por entonces que Quiroga tambien se habia salvado y andaba en la Rioja.

Ibarra envió espresamente á los *llanos* á un moceton de su confianza, Eustaquio, para que averiguase si eso era cierto.

Muchos años despues, en 1869, hemos visto á un costado del camino las cruces que señalaban á los pasajeros el lugar de la hecatombe y allí, á la sombra de los algarrobos, el mas erudito de aquellos, ó el mas anciano de los peones, narra-  
ba á los que iban todo lo que la tradicion habia conservado de ese sangriento suceso.

---

---

## Lance de honor

Cuando el general José de San Martín tuvo la persuasión de que el ejército patriota no llegaría á Lima por el Alto Perú, obtuvo la gobernación de la provincia de Cuyo y comenzó á formar pacientemente, en su capital, el ejército que pasaría á la historia con el glorioso agregado, de los Andes.

En 1815 pidió á la autoridad central, que le enviara los dos escuadrones de «Granaderos á caballo» que estaban en Buenos Aires, de regreso del sitio de Montevideo, pues el 3º y 4º metidos en las serranías de Bolivia, no bajaron á Mendoza hasta el año siguiente, después de la derrota de *Sipe-Sipe*, donde tuvieron no pequeña parte en la salvación y retirada de los vencidos.

El gobierno cedió y en agosto de ese año llegaron al campamento del Plumerillo, para servir de plantel á las fuerzas que se organizaban, el 1º y 2º escuadrón con sus comandantes Melian y Medina.

Fueron perfectamente recibidos y la sociedad mendocina trataba de halagar y obsequiar de la ma-

nera mas cumplida á la brillante oficialidad que hasta hoy no ha tenido igual en el ejército argentino.

Les dieron comidas, bailes, corridas de toros, y en fin, la verdad sea dicha, que si Mendoza fué taller de soldados, vivió tambien en fiesta permanente por mas de dos años.

En uno de estos bailes, en casa del Gobernador, tuvo lugar el incidente que vamos á narrar y que trajo por resultado un duelo.

Sus actores fueron el teniente coronel José Melian y el teniente, despues coronel don Manuel de Olazabal.

Detengámonos un momento para bosquejar estas dos figuras simpáticas de nuestra gran epopeya.

Ambos eran de Buenos Aires: el primero, nacido el 19 de marzo de 1784—el 30 de diciembre de 1800 el segundo.



Melian habia servido en las invasiones inglesas, en el cuerpo de ejército auxiliar de Belgrano en 1810—en el primer sitio de Montevideo y batalla del *Cerrito*—en el segundo sitio hasta su rendicion y en la campaña contra los anarquistas.

Olazabal habia debutado en *San Lorenzo* y en el segundo sitio de Montevideo, teniendo el honor de entrar el primero y como jefe de la escolta del General en jefe á la plaza rendida, cuando no contaba aun catorce años.



¡Qué hombres aquellos!

Sucedo, pues, que concurrieron á una tertulia y como Olazabal pretendiese sacar la compañera á su comandante, éste no se lo permitió, hasta que con su insistencia, le indujo á decirle: «Déjese de embromar mocoso».

El insulto era grave y de esos que un militar de honor y á mas de los del regimiento *chiche* no podia tolerar en silencio, so pena de sufrir las burlas de sus compañeros y quizá el menosprecio de su General.

Como se sabe, en virtud de un reglamento reservado, el duelo era permitido en ciertos casos por el ríjido y justiciero San Martin.

Olazabal queria batirse esa misma noche, pero el General que supo el incidente y las consecuencias que llevaba le hizo desistir de su empeño ofreciéndole, en caso contrario, fusilarlo.

Terminada la reunion, el ofendido se fué á casa de Melian y le desafió, lo que el de todos querido *Pepe*, aceptó inmediatamente.

El padrino de Melian fué el coronel del regimiento y despues brigadier general don José Matias Zapiola.—El de Olazabal, el capitan, despues coronel don José Francisco Aldao.

Al amanecer se reunieron en un sitio apartado de la alameda y marcharon hácia la falda de los cerros.

Se batieron á sable y con tenacidad.—El comandante recibió una cuchillada en la pierna; el teniente una en la rodilla y otra en la mano derecha. Como la primera de éste era grave, el mismo adversario para ocultarlo y asistirlo mejor, lo llevó á su casa.

Al día siguiente, dice Olazabal en sus *Reminiscencias*, «como á las 9 de la mañana, se me presentó un sirviente desconocido con una bandeja llevando una sopera con puchero de gallina y una cafetera con café con leche, entregándome un peso fuerte».

Por la tarde se repitió el envío y así duró cerca de un mes y medio que el teniente estuvo en cama.

Después supo que esa atención la debía á quien él lo maliciaba: á San Martín.

Más adelante cuando ya Olazabal podía caminar con muletas, un día que atravesaba el patio del cuartel, oyó la voz del centinela de la puerta que gritó: *Los de guardia ¡el General!* San Martín cuando andaba á caballo siempre era al trote largo; así es que no le dió tiempo á esconderse y al verlo se detuvo, se apeó, y dirigiéndose al inválido, le puso la mano en el hombro, diciéndole: Y bien, hijo, que tiene vd?

—Señor, una rodada que he dado.

—Siempre será vd. calavera, eh! Cuídese vd. y no vuelva á rodar.

---

Melian y Olazabal tomaron parte distinguida después en *Chacabuco* y *Maipú*.—El último actuó también en la guerra civil.

El mayor murió el 1º de diciembre de 1857 y el más joven el 19 de julio de 1872.

Sus restos esperan el día no lejano de ser colocados en el Panteón Nacional.

---

---

## Dorrego y sus victimarios



Poco antes de terminar el mes de noviembre de 1828 llegó á Buenos Aires un cuerpo de ejército, que aunque vencedor, volvía anarquizado y quejoso de su larga y estéril detencion en la Banda Oriental.

Algunos jefes, entre ellos Lavalle, venian decididos á sublevarse porque se simpatizaban con el partido unitario y otros estaban dispuestos á secundarles, porque exigian grandes pagas y honores que el gobierno no podia entregar ó no le era dado conceder.

Un argentino, tan ilustre como desgraciado, era el gobernador de Buenos Aires, encargado del P. E. Nacional, y desde el primer momento, manifestó buena voluntad para los que regresaban, rindiendo justicia á los servicios, penurias y glorias de esos abnegados veteranos.

El desembarco de las tropas fué mirado con mas

simpatía que desconfianza por el gobierno, pero era tarde para atraerlos, porque los rencores y trabajos del partido derrocado, habían llegado hasta el campamento; los jefes estaban contaminados de sus pasiones y no oían ya la voz del deber.

Comenzaron entonces con altanerías y susceptibilidades, que empujaron el conflicto hasta hacerlo estallar.

El gobierno, que consideró equitativo y necesario abonar sus sueldos á soldados que lo merecían, mandó ajustar la paga con arreglo á lo que les correspondiese.

Algunos se quejaron y el ministro Guido se acercó á Dorrego demostrándole lo infundado de esas pretensiones, pues la Contaduría no podía darles más de lo que tenían asignado.

El general Guido, era una palabra autorizada, pues tenía por amigos á casi todos los jefes, que eran sus antiguos conocidos en las campañas libertadoras de Chile y el Perú, y su opinión era honrada y sincera.

No obstante, Dorrego que no ignoraba la antipatía que le tenían esos jefes y que no quería presentarles pretextos para que le dificultasen la administración, le dijo, en un momento de expansión:

—«¡Si zarcillos piden, déle zarcillos, que bien ganado lo tienen!»

Guido, que fué siempre serio y moderado, no replicó, retirándose á buscar una fórmula que satisficiera al gobernante y á los que reclamaban.

En esa disposición le sorprendió el motin del 1<sup>o</sup> de diciembre y en vez de ajustarles los sueldos co-

mo se habia resuelto, vió dias despues que hicieron rodar la cabeza del magistrado generoso en el campo ensangrentado de Navarro

La expresion de Dorrego, que quizá sorprenda a algunos tiene su explicacion:

San Martin hizo poner aro para reconocerlos despues, á muchos soldados de los que temió se desertasen,

Algunos de los oficiales del ejército de los Andes para afirmar su fidelidad á la causa, lo usaron en la oreja izquierda.

---

---

## Remedios Escalada de San Martín



Qué argentino ignora que el mas grande hombre de su patria es *José de San Martín*?

En cambio son pocos los que saben quién era su esposa, la digna matrona, que con su enlace contribuyó á los hechos y el lustre del general de los Andes.

María de los Remedios Escalada, nació en Buenos Aires el 20 de noviembre de 1797, y era hija del Canciller de la Real Audiencia, don Antonio José de Escalada y de doña Tomasa de la Quintana.

Creció entre los halagos y caricias del hogar, donde fué siempre la mas distinguida por su carácter, sus bellas condiciones y ser la menor de sus hermanas.

Cuenta la tradicion que su padre la mimaba de tal modo, que no vivia sinó consagrado á su educacion tratando de agradarla hasta en sus caprichos.

Tenia 14 años cuando arribó á nuestras playas, tras larga ausencia, el comandante San Martín y como la casa de los Escalada era un centro de los patriotas de la Revolución, fué de los concurrentes á ella, desde que manifestó sus intenciones de servir á la causa de la Independencia.

El después famoso adalid llegó pobre y sin relaciones; no traía más que su buena foja de servicios en España y su anhelo de ser útil á su patria.

El viejo Escalada quizá entrevió en aquel soldado la pasta de un gran General y no tuvo inconveniente en aceptar los galanteos á su hija, á pesar de la diferencia de edad entre ambos, que era casi de veinte años. Ella, niña, no muy alta, delgada y poca salud; él, de edad proveya, estatura atlética, robusto y fuerte como un roble.

Los Escalada necesitaban un militar en su círculo y ninguno mejor para ser incorporado, que este veterano valiente y pundonoroso.

San Martín,—vinculándose á esa familia,—conquistaba posición y atraía á sus filas un cuadro de oficiales que como sus hermanos políticos Manuel y Mariano y sus amigos E. Necochea, M. J. Soler, Pacheco, Lavalle, los Olavarría, los Olazabal y otros, daban brillo y hacían honor al regimiento que empezaba á formar.

El matrimonio se efectuó privadamente el 12 de noviembre de 1812 y fueron testigos «entre otros—dice la partida original—el sargento mayor de «Granaderos á caballo» don Carlos de Alvear y su esposa Carmen Quintanilla».

No habian pasado tres meses, de esta ceremonia, cuando el teniente coronel San Martin tuvo ocasion de recojer el primer laurel de sus triunfos, junto al convento de *San Lorenzo* y desde entonces, acentuada su fisonomia militar y su importancia para la guerra, comenzó la vida pública que terminaría simultáneamente con los dias de su esposa.

San Martin marchó al ejército auxiliar del Alto Perú, lo dejó por enfermedad, y cuando nombrado Gobernador Intendente de Cuyo, debió trasladarse á Mendoza, pidió á su esposa que fuera á su lado.

Esta se puso en viaje acompañada de su sobrina Encarnacion de María (mas adelante señora de Lawson) \* y despues de una larga travesía por la Pampa abrazó al que ansiosamente la esperaba.

Apenas llegó á la capital de Cuyo, Remedios fué saludada y agasajada por aquella sociedad y se hizo querer tanto, que las ancianas aun le recuerdan con amor y los demás no han olvidado la simpatia que inspirára á sus padres.

Su casa era alegre, hospitalaria; allí concurrían los oficiales amigos del pueblo natal y los jóvenes de la localidad que se agregaron, Palma, Diaz Correa de Saá, los Suloaga y Corvalan, que unidos á los anteriores cruzaron los Andes y se pasearon vencedores y aplaudidos en la ciudad de los Reyes.

---

\* Iban tambien en otro carruaje, la esposa é hija del general Manuel Corvalan y la niña Mercedes Alvarez, hoy viuda de Segura, que vive en Mendoza y me ha corroborado estos datos.

Tiene 93 años.

Cuando el ejército marchó en enero de 1817, el General en jefe también dejó el hogar y éste desde entonces no le vió sino de paso, antes ó después de sus victorias.

Un día del año 1819, San Martín manifestó á su esposa que convenía regresase al lado de sus padres y ella tan tierna hija como obediente consorte, así lo hizo, llevando muy pequeña á la que después fué la señora de nuestro ministro en Francia, don Mariano Balcarce.

Vivió en Buenos Aires en casa de sus padres, esperando siempre la vuelta anunciada de su esposo.

Estaba abatida y enferma, y la muerte de su padre agravó su malestar en 1822.

Los médicos aconsejaron que saliera al campo, y fué con toda la familia á la quinta de su hermano don Bernabé Escalada, donde falleció tísica el 3 de agosto de 1823.

Murió como una santa—nos decía una de las sobrinas, que rodeó su lecho en los últimos instantes—pensando en San Martín, que no tardó en llegar algunos meses después, con amargura en el corazón y un desencanto y melancolía que no le abandonó jamás.

En el cementerio de la Recoleta hay un pequeño monumento de mármol que dice: *Aquí yace Remedios de Escalada, esposa y amiga del general San Martín*, y cubre los restos de la que fué digna hija, virtuosa esposa, madre amantísima, patricia esclarecida y mujer merecedora del aprecio y de la consideración de la posteridad.

---

---

## Opinion de las Heras

El benemérito general Juan G. de las Heras, era un hombre alto, delgado, de mirada fija y fuerte, que, aunque antipático á primera vista, se hacia querer en el trato.



Franco y algo áspero en su lenguaje, á pesar de su bondad ingénita fué amado por sus superiores y respetado por sus soldados.

Es demasiado conocida su accion en la guerra de la emancipacion americana y se sabe que debido á su serenidad y estrategia, se salvó el ejército de los Andes en *Cancha rayada*, el que pocos dias despues dió la victoria de *Maipú*, arrojando para siempre de estos paises al poder español.

En abril de 1824—estando ausente en Chile,—fué elejido gobernador de la provincia de Buenos Aires, á la que se trasladó para recibirse del mando en mayo del mismo.

Antes de dos años tuvo que dejar el puesto á consecuencia de la federalizacion de la Provincia y por-

que estaba cansado de los disgustos que le ocasionaba el gobierno.

Regresó á Chile, donde estableció su domicilio permanente, hasta que falleció en 1866.

Conversando con el doctor Vicente Fidel Lopez, durante su estadía en aquel pais,—éste le indicaba que se trasladase á Montevideo, á fin de que le fuera fácil estar en su patria en cualquier momento que desease ó fuese necesario.

El General le escuchaba con atencion y casi parecia convencerse de las bien expuestas y fundadas razones del distinguido historiador, pero de pronto, poniéndose de pié, le dijo:

*Cielo y suelo, magníficos;—entresuelo, cáspita! como el diablo!*

Frase que aplicada á los pueblos del Rio de la Plata, tiene toda la intencion y todo el acierto que se descubre sin mayor dificultad.

---

---

## Belgrano



Belgrano es el tipo del ciudadano soldado.

Tiene toga y defiende con su inteligencia y su saber la ley y la justicia de los hombres.

Viste uniforme y marcha á combatir con su espada, por la aspiracion y la causa de los pueblos.

Ocupaba una buena posicion conquistada con sus estudios y sus afanes, cuando en 1810 los sucesos le precipitan á la accion y entra en ella entusiasta y decidido.

Llamado á las tareas del gobierno, acepta sin vacilacion, y cuando esa misma autoridad necesita de un brazo, lo designa como el mas capaz de improvisarse jefe y él conduce los ejércitos para sembrar ideas, como en el *Paraguay*, ó para saludar la victoria, como en *Salta* y *Tucuman*.

Los triunfos no le marean y el General que daba los primeros, y mas notables al movimiento rege-

nerador que conmovía el Continente, siguió modesto, abregado, sin pretensiones, conquistando el corazón de las masas, buscando con empeño el apoyo de los pueblos que iba á redimir.

Desastres posteriores pudieron probar que no tenía calidades militares, pero entonces, como cuando vencía, fué igual, sencillo, generoso y resignado.

Aceptó la injusticia con tal de no perjudicar la causa que había abrazado, resuelto á dejarse olvidar si las exigencias del momento así lo requerían.

¿Se equivocó en política? Sí, y tuvo la debilidad de no confiar en la democracia de su patria, pero ella tiene la conciencia de que fué puro y ha honrado su memoria como lo merece.

Murió tan noblemente como había vivido: pobre, tranquilo, amando á la que en otros días había contribuido á sacar de la servidumbre y á romper los eslabones mas sólidos de su opresión.

---

---

## El secreto de San Martin

Los ejércitos de la revolucion habian esterilizado sus fuerzas y su disciplina en las tres espediciones que hicieron al Alto Perú, buscando el camino de Lima.

Aquella tierra fria, quebrada é inhospitalaria no respondió al movimiento de *Mayo*, por circunstancias que sería prolijo enumerar.

*Vilcapugio* y *Ayohuma* fueron fatales para nuestras armas y anularon los triunfos gloriosos de *Tucuman* y *Salta*.

San Martin enviado por el Triunvirato para suceder á Belgrano, conoció inmediatamente el error de la ruta que se tomaba para ir á la ciudad de Reyes, manifestando convencido y animoso que era el mar, un camino mas corto, mas fácil y mas decisivo.

*Sipe-Sipe* no tardó en darle la razon.

Era en los primeros dias del año 1817.

El gobernador de Cuyo que habia tenido la intuicion de la campaña continental, contaba ya con una base de ejército, en el que su número valía menos que su moral y su organizacion.

Los preparativos para realizar su soñada empresa, estaban terminados y solo esperaba dar la última mano para lanzar sus legiones á libertar Chile y salvar la independendia de América que zozobraba.

Vivia en la *ciudad heróica* que oyó el toque marcial de los clarines y despues el ruido estremecedor de los temblores.

Una tarde se hallaba en el patio de la modesta casa que ocupó, sentado, gozando del aire fresco de las montañas.

De pronto se presentó Manuel Corvalan jefe del Parque y Maestranza y prévio los saludos de estilo, encarándose con el jefe de las Andes, le dijo:

Señor General, *¿por dónde va á pasar á Chile?*

San Martin levantó la cabeza sorprendido y clavándole la vista, con aquellos ojos que no olvidaron jamás sus veteranos, contestó:

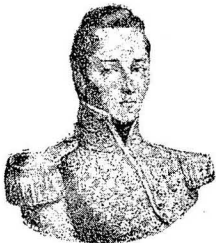
Señor Coronel: *si mi almohada lo supiese, á mi almohada la quemaba.*

Y así fué en efecto el sigilo, le reserva, que guardó el futuro Protector del Perú, al emprender la travesía de la inmensa cordillera, tras de la cual estaba *Chacabuco* para indicar al mundo que los elementos al servicio de una idea, cuando los ejercitan el valor y la constancia, producen resultados tan espléndidos, como fué esa batalla, para la emancipacion del Continente.

---

---

## Córdoba y su matador



A la edad de veinte y cinco años fué el héroe de *Ayacúcho*.

Es bien conocida su actitud en el momento de empezar la batalla, cuando se apeó del caballo y le dió muerte, y es histórica la frase «armas á discrecion y con paso de vencedores», que dirigió á sus soldados al marchar sobre las alturas en que estaba el enemigo.

Pero aquel jóven valeroso, bello y despejado, se envaneció despues de esa victoria y cinco años mas tarde, levantóse desatinadamente contra el Libertador resistiendo á las fuerzas de la autoridad con la pujanza que le era peculiar.

A la intimacion que le hizo el coronel O'Leary, por boca del coronel Montoya, Córdoba, dice Posada, triste pero heroicamente resuelto, contestó: que despues del paso á que le habian precipitado no le

quedaba mas recurso que vencer ó morir. «Es imposible vencer», le dijo Montoya,—«Pero no es imposible morir», replicó el hijo de la gloria.

La batalla se dió el 17 de octubre de 1829 en la aldea de *Santuario*. Córdoba fué mortalmente herido y sintiéndose desfallecer entró en una casucha donde poco despues penetraba el irlandés Ruperto Handen, quien descargando dos sablazos sobre la frente del ilustre jóven, concluyó con su vida.

El partido bolivariano, si bien se conmovió ante esa pérdida, no disimuló su satisfaccion al ver sofocado el movimiento que amenazaba destruir su preponderancia.

Handen no fué castigado.—Disculpábase con que estaba ébrio y con no haber reconocido á su víctima.

Un dia, sin embargo, encontró quien le repudiára.

Se acercó á saludar al doctor Diego B. Urbaneja y éste le dió la espalda, diciendo á los que le observaron su conducta: *Yo no puedo dar la mano al asesino del general Córdoba.*

Handen murió mas tarde, con el grado de coronel, en una de las tantas revueltas de Colombia, y la historia ha escrito su nombre con letras negras al final de la biografia del héroe de *Ayacucho*.

---

---

## El general Rodriguez



El brigadier general don Martin Rodriguez nació en Buenos Aires el 11 de noviembre de 1771.

Comenzó su carrera militar el año 1806, siendo nombrado Capitan de uno de los Cuerpos que se crearon para rechazar la primera invasion inglesa.

Dueño de Buenos Aires el general Beresford, hizo Rodriguez la resolucion de tomarlo, con su comitiva, en uno de los paseos que aquél acostumbraba hacer por las inmediaciones de la ciudad, lo que no llevó á cabo por habersele prevenido que don Juan Martin de Pueyrredon reunia fuerzas en la villa de Lujan para venir sobre aquella.

Comprendiendo, entonces, que ese movimiento era mas decisivo, fué á incorporársele con diez y nueve hombres, marchando en seguida bajo las órdenes del coronel Antonio Olavarría á encontrarse en las *chacras de Perdriel*, donde derrotados pocos dias

despues, le obligó á vagar por la campaña, hasta que pudo reunirse á la espedicion que con Liniers, desembarcó en las Conchas el 4 de agosto del mismo año.

Inmediatamente confiése á Rodriguez la comision de avanzar hasta el Retiro, siendo actor en el ataque que se realizó el 12, al frente de un escuadron de caballería. Despues del triunfo, ese escuadron fué elevado á rejimiento y á los que lo componian se les designaban ya con el nombre de «Patricios». Ellos mismos costeaban su uniforme. «Jamás Buenos Aires verá tropas mas lucidas», ha dicho el mismo Rodriguez en las Memorias, que quedaron truncas por su muerte.

Estas fuerzas se estuvieron disciplinando hasta el 28 de junio de 1807 en que la segunda invasion inglesa, llegó al Rio de la Plata, bajo el mando del general Whiteloke, quien hizo su desembarco en la Ensenada.

Rodriguez, salió á observar sus marchas, tuvo algunos tiroteos con el enemigo y presencié la destruccion de dos de sus propiedades, que sirvieron de campamento al invasor.

Retirado á la plaza de la Victoria, mientras Liniers se replegaba sobre los corrales del Miserere, (plaza 11 de setiembre), para ser vencido, se posesionó de las casas y azoteas del centro, resistió el empuje de los soldados británicos, y aunque herido en el brazo izquierdo, detuvo el ataque tomando algunos prisioneros.

Vuelto al teatro de la accion, fué de los que avan-

zó sobre la iglesia de Santo Domingo, contribuyendo en primera línea al triunfo definitivo de nuestras armas.

En la capitulación del 6 de julio se establecía la evacuación de Montevideo por el general Achmutchy, y nombrado Gobernador para reemplazarlo don Javier Elio, acompañó á este último, regresando un mes mas tarde con su batallón, por orden de Liniers, para servir de guarnición en esta ciudad.

Poco despues fué designado su regimiento «Húsares del Rey», mereciendo Rodriguez el grado de coronel, una de las diez medallas de oro que se decretaron por la Defensa y el único agraciado con sesenta leguas de campo en la Banda Oriental.

El 1º de enero de 1809 fraguó el Cabildo un motín contra Liniers, exigiéndole que dejara el mando, pero la enerjía de Saavedra, Rodriguez y Juan Ramon Balcarce, salvaron su autoridad, quedando el Virey mas afianzado que antes en el puesto.

Seis meses mas tarde el nuevo Virey don Baltasar Hidalgo de Cisneros, temeroso de un mal recibimiento en Buenos Aires, se detenía en la Colonia para observar la conducta que asumiría Liniers á su arribo y explorar las ideas que predominaban en aquella ciudad.

Comprendiendo estos recelos, el héroe de la *Reconquista* llamó á Rodriguez para que lo acompañase á la márgen opuesta del Plata, á fin de asegurar al nuevo Virey, su obediencia y sometimiento, lo que impulsó á éste, á tomar posesion del cargo, dias despues.

Nueve meses duró Cisneros en él. Los criollos creyeron llegada la hora de la independencia y comenzaron los trabajos revolucionarios con entusiasmo y decision. El 19 de mayo se reunieron en casa de Rodriguez Peña, encabezándolos don Martin Rodriguez, que «por la nobleza de su carácter y por la hidalguia de su patriotismo, ejercia un influjo poderoso entre sus compañeros.»

El 20 fué en comision con Castelli, á intimar al Virey su dimision, indicándole que invitase la parte principal del vecindario para pulsar la opinion.

Reunido el Cabildo abierto, el 22 de mayo, los espíritus mas aviesos comprendieron que habia llegado el momento de obrar y en aquella sesion que fué la precursora de la famosa del 25 del mismo mes, el comandante y teniente coronel de «Húsares del Rey» don Martin Rodriguez, opinó: «que en la imposibilidad de conciliar la permanencia de la autoridad del Gobierno con la opinion pública, reproducia en todas sus partes, el dictámen del señor Saavedra, y de que el señor Síndico tenga voto activo y decisivo en su caso, es decir, activo cuando no haya discordia, y decisivo cuando la haya».

El voto de Saavedra se reasumia así: «porque subrogase el Virey el mando superior que tenia en el Cabildo, interin se formaba la Junta que debia ejercerlo, no quedando duda de que el pueblo es el que conferia la autoridad».

La proposicion del futuro presidente de la Junta era terminante y patriótica, y ella triunfó sin el agregado de Rodriguez, que aceptaron dándole su voto, Echevarria, Rivadavia, Darregueira, Francisco

Antonio de Escalada, Paso, Mariano Moreno y otros que mas adelante tuvieron un rol importante en la revolucion.

Instalada la Junta, como consecuencia de la actitud del vecindario, uno de sus primeros actos fué nombrarlo coronel del ejército con fecha 9 de junio de 1810.

Permaneció en Buenos Aires al frente de su cuerpo y como uno de los prohombres del nuevo orden de cosas hasta febrero de 1811, en que marchó á la provincia de Entre Rios conduciendo una expedicion que se enviaba para que operase en combinacion con el general Belgrano que estaba en el Paraguay.

Pero como los sucesos que alli se desarrollaron hicieron ineficaz su campaña, regresó á esta Capital, donde acontecimientos de importancia reclamaban su presencia.

Desde que se formó la Junta, dos bandos se disputaban la direccion de ella: don Cornelio de Saavedra que representaba á los conservadores y don Mariano Moreno que queria dar rumbos mas fijos, pero audaces á la revolucion.

A fines de 1810, ingresaron á la Junta los diputados de las provincias, electos en virtud de la circular del 27 de mayo, lo que causó una division mas acentuada, hasta producir la renuncia del fogoso Secretario, quedando desde entonces uniformes las opiniones de los que predominaban en el seno de aquella.

No satisfechos con este triunfo, los amigos de Saavedra creyeron que era peligroso para la situa-

cion un «Club patriótico» que habian fundado los adictos á Moreno, y produjeron el motin el 5 de abril que ha sido condenado por los contemporáneos y por la historia. (1)

Desgraciadamente lo encabezó el coronel Rodriguez que partidario entusiasta de Saavedra, lanzóse en un camino, del que arrepentido después, le sujió la norma de conducta, tolerante y moderada que son sus calidades mas características.

Eliminado de la escena pública el brigadier Saavedra á mediados de 1811 y nombrado en comision al

---

(1) A propósito de este hecho, narra el señor Sarmiento en la «Necrología de don Nicolás Rodriguez Peña», esta anécdota: «Un 25 de mayo varios jóvenes asilados en Montevideo desplegaron al viento la bandera Nacional, y al colocarla en la azotea, se habian quedado moralizando sobre la tiranía de Rosas, y las revoluciones que habian traído á aquel mónstruo al poder. ¿Quién sería el malvado, decia uno, que hizo la primera revolucion, para maldecir su nombre? Pues en aquel dédalo de nuestra revolucion, ninguno de los jóvenes sabia ni cuál habia sido la primera. Por casualidad mira alguno hácia abajo, y divisa al anciano don Martin Rodriguez paseándose cabizbajo en el patio de la casa, y se proponen ir á interrogar sus recuerdos. ¿Quién fué don Martin, el primero que hizo la revolucion en Buenos Aires? le preguntaron con ese espíritu de reprobacion que los animaba, Rodriguez, atormentado por muchas desgracias, decaído de su antiguo valimento, pobre, asilado como ellos en Montevideo, sintió este nuevo puñal, que venian á clavar en su corazon jóvenes indiscretos. ¡Quién fué el primero! repitió desconcertado. Sí, ¿quién fué el malvado? Yo! contestóles con voz terrible y dándose vuelta, encerróse en su pieza, desde donde no le vieron salir hasta el dia siguiente».

ejército que operaba en el Alto Perú, bajo el mando de Pueyrredon; Rodriguez fué confinado á San Juan, pero antes tuvo que llegar hasta Jujuy para arreglar las cuentas de los «Húsares de la escolta» del ex-Presidente, donde sabiendo que se aproximaba el enemigo, se ofreció al General en jefe para que le permitiera *hacer por la patria en aquellas circunstancias el último y mas honroso sacrificio.*

Volvió á Córdoba con intencion de pasar á la Banda Oriental á servir contra su voluntad á las órdenes de Moldes y Diaz Velez, cuando el general Belgrano que se había recibido del ejército el 26 de marzo de 1812, interpuso sus buenos oficios para que lo enviaran con él, *pues así tal vez empezaremos á cortar las raices de la division que tantos perjuicios nos ha traído, afianzando la union en que estriba y debe estribar el vencimiento de todos nuestros trabajos.*

En efecto, el 27 de junio se le dió orden de ir á incorporársele, á lo que contestó que *marcharia aun cuando no fuera sino en clase de simple ciudadano, pues hacian once meses que peregrinaba, siempre dispuesto á servir á la patria en cualquier punto de la tierra que se le designase.*

No se le permitió bajar á la Capital como deseaba y llegó al cuartel general á principios de 1813.

Se halló en la ceremonia del juramento de obediencia á la Asamblea y á la bandera, que tuvo lugar el 13 de Febrero en las márgenes del Pasaje, ayudando al esclarecido Belgrano, á tener la espada que en forma de cruz con la bandera besaron en aquella

hora solemne los luchadores por nuestra emancipacion.

Hizo la campaña, y el 20 de febrero se batia en el campo de Castañares, mandando la izquierda de la línea y contribuyendo á afianzar con las armas el juramento que acababa de prestar.

Sobre su conducta en aquella jornada, reproduciremos el informe que años mas tarde le dió el mismo General en jefe—

« Certifico que el brigadier don Martin Rodriguez  
« despues de la accion del 24 de setiembre de 1812  
« (*Tucuman*), fué enviado por el Gobierno á servir  
« á mis órdenes y que durante su venida, en esta  
« como en la marcha á la accion de *Salta*, se com-  
« portó con la mayor subordinacion y respeto; que  
« en esta sirvió en la clase de jefe del ala izquierda  
« del ejército y desempeñó sus deberes con toda bi-  
« zarria, quedando durante toda la accion y desde  
« sus primeros momentos en que fué herido el coro-  
« nel Diaz Velez, que hacia de jefe del ala derecha,  
« de mi segundo y con la atencion al todo hasta  
« que se rindió al enemigo y le concedí lo que consta  
« de las capitulaciones, que allí se celebraron; que  
« sucesivamente estuvo contraido á las comisiones  
« que le confié, con todo el honor, celo y respeto de-  
« bido, á mis órdenes, hasta que estando para mar-  
« char al interior, vino la orden para que sin hacer  
« gestion alguna, le comunicara la de bajar á Bue-  
« nos Aires á ocupar el cargo de Jefe del Estado  
« Mayor como lo verifiqué en Jujuy, que obedeció  
« y cumplió, sin embargo de sus deseos de seguir en

« mi compañía, sirviendo en el ejército como me lo  
« manifestó con la mayor instancia, y para que  
« conste á su pedimento, doy este en Tucuman, á  
« 10 de diciembre de 1816.—*Manuel Belgrano*».

Regresó á Buenos Aires para recibirse del cargo con que se le distinguia y con fecha 4 de junio se le dió un escudo de oro acompañado de una nota que decía: «Este documento honroso será siempre  
« una prueba inmortal de su valor que recomendará  
« altamente sus propios merecimientos hasta la pos-  
« teridad mas remota»; siendo comprendido en la declaracion del 5 de marzo de la Asamblea Constituyente de que *los guerreros vencedores de Salta, han defendido con honor y bizarria, los sagrados derechos de la patria, haciéndose beneméritos de su gratitud en alto grado.*

Al frente del Estado Mayor contribuyó á la organizacion de las tropas que se creaban en esta ciudad, para auxiliar en lo posible á los ejércitos que operaban sobre el Alto Perú y Montevideo.

Un nuevo cambio político, le sacó del puesto que con acierto desempeñaba, volviendo al ejército del Norte, que á la sazón mandaba interinamente el general Cruz.

Destinado como jefe del regimiento de «Dragones,» tomó participacion activa en el movimiento de resistencia que se produjo, cuando se supo que Alvear iba á relevar á Rondeau, siendo redactor de la nota en que se esplicaban los motivos que tenian para ello.

Remontado el ejército que estaba en Jujuy con

parte de las fuerzas vencedoras en *Montevideo*, se escalonó en las diversas poblaciones de la quebrada de Humahuaca. Mandaba la vanguardia el coronel Rodríguez quien «por su antigüedad, antecedentes y por la muy principal parte que tuvo en el movimiento de diciembre contra Alvear, era una categoría y su influencia era de mucho peso en el ejército».

La expedición que avanzaba hacia el Alto Perú al principiar el año de 1815, con el deseo de vengar los reveses sufridos meses antes por el ilustre Belgrano, tuvo un primer encuentro que fué mal presagio para nuestras armas.

El General en jefe había ordenado á Rodríguez que hiciese un reconocimiento del enemigo que se hallaba en Cotagaita y éste avanzó con varios oficiales y cuarenta «Granaderos á caballo».

A fines de febrero llegaron al *Tejar* y camparon dentro de un corral de piedra, para esperar al comandante Urdininea que debía reunírsele con 200 hombres. Estaban completamente desprevenidos, cuando fueron rodeados por fuerzas españolas. Inútil fué la resistencia que se opuso, pues eran materialmente fusilados en su encierro, hasta que los obligaron á rendirse.

Solo salvó por su temerario arrojo el capitán don Mariano Necochea, quedando los demás, incluso Rodríguez en poder del comandante realista Vigil.

Se ha acusado á nuestro protagonista de ineptitud por este hecho, pero lo cierto es que si bien hubo descuido, su falta fué efecto de la confianza que te-

nian de hallarse aislados, y haber confundido las tropas enemigas, con las que se esperaban de Urdinenea.

Los prisioneros fueron conducidos al campamento español donde el teniente general Pezuela creyendo atraer á sus ideas á Rodriguez, le dió libertad para que fuera á sublevar las lecciones patriotas, pasándolas á sus banderas.

El abnegado ciudadano aceptó la oferta para regresar al lado de los suyos, donde se comentó desfavorablemente su presencia, olvidando, sus condiciones de hombre digno y honrado, que forman el mejor timbre de su vida.

En abril se obtuvo una pequeña victoria en el *Puesto del Marqués*, que hizo retroceder al enemigo, no sin quedar aun dueño del norte de Bolivia.

Rodriguez habia sido nombrado Brigadier el 15 de mayo de 1815,—en «premio debido á sus fatigas y á su decidido, constante empeño y anheloso afan con que ha defendido los derechos sagrados de la patria, desde el primer paso de su rejeneracion política»,—y poco despues presidente de Charcas, adonde marchó, para tomar posesion de ese cargo.

Estando allí se cometieron algunas confiscaciones y tropelías á que fué ageno, pues como dice un testigo siempre severo en sus juicios, «las toleraba por su docilidad, pero no tomó participacion beneficiaria ninguna» y él mismo en carta al doctor Gazcon, le manifestaba que tenia «el deber de amparar las casas que padecian por el honor y la virtud».

Continuó hasta el mes de agosto en que ansioso de participar en las operaciones bélicas, pidió autorización al General en jefe, para atacar por sorpresa una division realista que estaba en la posta de *Venta y Media*, lo que llevó á cabo el 20 de octubre de 1816 con tan mal éxito que aunque La Madrid hizo proezas, fué rechazado y destruido, perdiendo su reputacion militar en el ejército, por lo que pidió y le confrieron permiso para volver á Charcas.

Con la desastrosa derrota de *Sipe Sipe*, el 29 del mismo mes, cobró ánimo el vencedor, obligando á evacuar el Alto Perú, á las armas argentinas, despues de seis años de sufrimientos y combates.

El brigadier Rodriguez se puso en viaje á Buenos Aires, no sin antes pasar penurias ocasionadas por las partidas Salteñas, una de las que le atacó en la Cabeza del Buey, obligándolo á huir mas de doce leguas á pié y por el desierto, perdiendo su equipaje y abandonado de su comitiva.

Al terminar el año XV estuvo en la Capital, donde permaneció alejado de la escena pública, esperando la resolucion del proceso que se le formára por el descalabro de *Venta y Media*.

Por ese tiempo publicó en la Gaceta una vindicacion de los cargos que le hacian varios rejidores de la ciudad de Charcas y en la del 1<sup>o</sup> de marzo se anuncia una donacion que hizo de 25 pesos mensuales para las viudas de los reconquistadores de Chile, «donacion generosa que ha merecido todo el agrado de S. E. el Director Supremo y me ordena dé á

V. E. las mas espresivas gracias á nombre de la Patria.»

En octubre de 1818 terminó el sumario y «consideradas detenidamente las reflexiones que aduce el Juez fiscal,—dice el decreto del Director Pueyrredon, relativo á su conducta militar en la jornada de *Venta y Media*,—vengo en declarar al citado brigadier, buen servidor de la Patria, libre de todo cargo y en pleno goce de los honores y prerogativas militares que en premio de sus distinguidos servicios tuvo á bien la patria condecorarle».

En abril de 1819 formó parte de la Comision Militar Extraordinaria para entender en la causa de conspiracion de don J. Olavarria. Dos meses despues, fué nombrado Jefe de la segunda Seccion de campaña, y el 20 de setiembre pasó á reemplazar al general Alvarez Thómas, que estaba á cargo del acantonamiento de San Nicolás, al frente de las fuerzas de observacion sobre Santa Fé.

El primer puesto le dió ocasion para vincularse con don Juan Manuel de Rosas, que ya gozaba de influencia en el sud de la Provincia y así, cuando los sucesos se precipitaron de una manera funesta en 1820, puede asegurarse que á esas fuerzas y á esos hombres se debió en mucho el restablecimiento del órden, despues de un sinnúmero de vicisitudes é infortunios.

---

El 8 de enero de 1820 se sublevó en la posta de Arequito, el ejército auxiliar que volvía del Alto Perú, bajo las órdenes del general Francisco Fer-

andez de la Cruz y casi simultáneamente lo hacia el batallon «Cazadores de los Andes», en la ciudad de San Juan.

Componia el primero una fuerza de tres mil veteranos con Jefes que acababan de sostener la guerra contra los españoles en el hoy territorio Boliviano, y el segundo contaba mil plazas de soldados aguerridos que con su valiente coronel don Severo Zequeira se habia bati-do en *Chacabuco* y *Maipú* por la libertad de Chile.

El año comenzaba, pues, de una manera sinies-tra para el país y sus instituciones; la guerra en el exterior, la anarquía interna, lucha sorda de intrigas y mas terrible todavia de intereses y ambiciones, conducen á la Patria, á una de esas crisis que parecen la agonía de los pueblos.

Aquello fué una borrasca y un cáos, los malos elementos salieron á la superficie y la brújula de la revolucion y de la República se desvía y enloquece, por efecto de los trastornos de las ideas, traiciones de los hombres y desbordes de las malas inclinacio-nes de las multitudes.

Aprovechando el estado de los ánimos y tan equí-vo- ca situacion, conspiraban contra el partido que se llamó Directorial, sus adversarios, invitando á los caudillos Lopez y Ramirez para que bajasen á la Capital á cambiar el órden de cosas que vendria á colocarles en el gobierno.

Aquellos, en efecto, invadieron la Provincia á fines de enero. El general Rondeau salió á encon-

trarles sacando de la ciudad dos batallones y una batería de artillería, á lo que reunió los contingentes que le aportaron Rodriguez, el general Juan Ramon Balcarce y el coronel Perdriel y lo efectuó con mal éxito en la cañada de *Cepeda* el 1º de febrero de 1820.

Mientras avanzaban vencedores los caudillos, la ciudad era teatro de escenas de otro género: las intrigas, los celos y los ódios, se encarnaban en dos personalidades completamente antagónicas dando mas alas á la anarquía: el general don Miguel Estanislao Soler y don Manuel de Sarratea. El primero tenia un ejército á sus órdenes en la villa de Lujan que era donde converjian las ideas y aspiraciones del norte y oeste de la campaña; el segundo como enemigo del antiguo partido de Pueyrredon que habia caido deshecho en *Cepeda*, se presentaba como el mas amigo con los revoltosos y por tanto como el hombre de las circunstancias.

El 17 de febrero fué nombrado este último Gobernador de la provincia y el 13 firmó con los caudillos el tratado del Pilar.

Mientras tanto, el general Balcarce que habia salvado una parte del ejército en *Cepeda*, se embarcó en San Nicolás y cuando menos se esperaba llegó á las puertas de la Capital dispuesto á cerrar el paso á los vencedores, quienes retrocedieron á objeto de reponer á Sarratea, lo que fué permitido en obsequio á la paz y á un inútil derramamiento de sangre.

Elejida la Junta de Representantes el 27 de abril,

se constituyó el 1.º de marzo y apoderándose del Poder Legislativo, hizo prestar juramento de acatar á las autoridades, depuso al gobernador Sarratea, asumiendo el P. E. su presidente don Ildefonso Ramos Mejia, hasta el 7 de junio en que fué nombrado Gobernador y Capitan General.

Soler, que permanecía en su campamento de Lujan, tambien se habia hecho nombrar Gobernador por el Cabildo de aquel pueblo, á solicitud de los jefes y oficiales que comandada.

El gobernador de Santa-Fé don Estanislao Lopez, prestando disconformidad con estos procedimientos, invadió nuevamente la Provincia, derrotando al general Soler el 28 de junio en la *Cañada de la Cruz*, lo que le impulsó su dimision y fuga á la Colonia.

A consecuencia de estos sucesos el general don Márcos Balcarce fué designado por el Cabildo, Comandante Militar, al mismo tiempo que el general Alvear que venia con las tropas invasoras, se hacia elejir Gobernador y Capitan General por los titulados Representantes de la campaña reunidos en la villa de Lujan.

En el intervalo de estos sucesos, el general Rodriguez habia firmado en Miraflores, el 7 de mayo, una convencion de paz con los caciques indios, por la que se declaraba linea divisoria el terreno que ocupaban en las fronteras, los hacendados, debiendo devolver aquellos las haciendas que les habian arrebatado, á la sombra de los desórdenes que ligeramente vamos bosquejando.

Nombrado gobernador interino el coronel Dorrego, salió inmediatamente á campaña con el objeto de batir á los caudillos, y en Lujan se le incorporó Rodriguez, llevándole fuerzas del sur de la Provincia, con las que asistió á la sorpresa de *San Nicolás* el 2 de agosto, mereciendo ser recomendado *del modo mas especial*, y por dos veces en el parte de la refriega de ese memorable dia.

Abiertas las negociaciones de paz, fué comisionado por Dorrego para entablarlas con el doctor Maciel, representante de Lopez, pero como éstas se hicieron imposibles, se reabrió la lucha batiéndose los ejércitos nuevamente el 12 de agosto en el arroyo de *Pavon*, en cuya jornada tomó una parte principal que le valió las siguientes palabras del General en jefe:—«Le recomiendo á la mas alta gratitud de nuestros conciudadanos quien á mas de haber desempeñado otros servicios, me acompañó con la caballería en todo el tiempo que por mas de cuatro leguas hasta la completa dispersion, fueron por él cargados.»

Desavenencias con el coronel Dorrego, le decidieron á retirarse del campamento antes de la batalla del *Gamonal*.

Entretanto, la Junta de Representantes Electores por pluralidad de sufragios, le nombró Gobernador interino en su sesion del 26 de setiembre, tomando posesion del cargo el 28, «aunque le era demasiado sensible el aceptarlo por las críticas circunstancias que atravesaban».

Su nombramiento era una reaccion del partido Directorial, aunque con otros hombres y nuevas ideas.

---

Una columna del ejército que habia salvado el coronel Pagola, del contraste del *Gamonal*, se adueñó de la ciudad de Buenos Aires en la noche del 1º al 2 de octubre.

El Gobernador salió á la campaña y al frente del regimiento que mandaba Rosas, se presentó en Barracas anunciando á la Junta que venia á tomar posesion de su cargo.

Reunida ésta, se arribó á un acuerdo por el que reasumia el mando el general Rodriguez y se amnistia á los autores del motin.

Delegó el poder el 21 de octubre en el general don Márcos Balcarce, para ir á los departamentos de campaña á fin de organizarlos y proveer á su seguridad.

El 24 de noviembre firmó un tratado de paz con Estanislao Lopez, que dió término á las perturbaciones que orijinaba este caudillo.

Don José Miguel Carrera que desprendido del gobernador de Santa Fé, merodeaba en la campaña, asaltó brutalmente el 4 de diciembre á la indefensa poblacion del Salto y fueron tan bárbaras sus acciones que el Gobernador anunció su marcha á destruirlo, que efectuó desgraciadamente sin lograrlo, porque aquél se internó en la Pampa.

El 31 de enero de 1821 regresó á la capital, de-

jando establecido el sosiego y bienestar en la Provincia.

Nombrado Gobernador y Capitan general en propiedad el 31 de marzo, delegó el mando en el general Viamonte, á causa de la invasion de Ramirez, la que no tuvo mayores consecuencias y le permitió entrar á ejercer sus funciones el 8 de junio, para caberle el honor de dar ejemplo de legalidad y buena administracion que hasta entonces era desconocida en toda la República.

Su gobierno fué un modelo saludable, y San Juan, Entre Rios y otras Provincias, entraron tambien á gozar del régimen constitucional que se inauguraba.

Los pueblos estaban cansados de revueltas y si bien es cierto que despues pasaron por épocas tormentosas y dias sombríos, cierto es tambien que durante algunos años, hubo una paz interna relativa y los períodos de mando se sucedieron regularmente hasta que Rosas abusando del abandono de sus conciudadanos y de los elementos que poseia, destruyó la obra que debia reconquistarse recien en 1852.

La Administracion del general Rodriguez fué benéfica y fecunda; tuvo por colaboradores en ella, á Rivadavia y Garcia: el primero como autor de algunas reformas importantes y el segundo que coadyuvó con entusiasmo á la tarea de reparacion, adelanto y olvido que forman la gloria de ese gobierno.

Se ha señalado á Rivadavia como exclusivo autor de los grandes resultados obtenidos en el período de 1821 á 1824; pero es preciso compartir el honor

del trabajo y de la iniciativa, con el general Rodríguez y el distinguido doctor Manuel J. García.

En Rodríguez es mayor aun el mérito por cuanto siendo militar, supo dejar la espada, para entregarse á la labor de organizar y dar nervio á la administracion y á todas las ramas del poder público.

Tenía mas corazon que cabeza, ha dicho uno de nuestros historiadores, y si es así, supo equilibrar con sus Ministros, las dotes de estadista que le faltaban.

Durante su período de gobierno dió la ley de Olvido, decretó la ereccion de la Universidad de Buenos Aires, la publicacion del Registro Oficial, la apertura de la Bolsa Mercantil, el establecimiento del Archivo General, la organizacion del Correo, el Tribunal Militar, la terminacion de la Catedral, el Registro estadístico, el establecimiento de dos cementerios y mercados, la supresion de los Cabildos, la reforma militar, la Direccion de los establecimientos de educacion primaria, la supresion de las corridas de toros, dictó el ceremonial en las funciones clásicas, creó la sociedad de Beneficencia, promulgó las leyes sobre reforma del clero y la militar, ratificó el tratado de alianza con Colombia, organizó las fronteras, haciendo tratados y planteando fortines, creó la Caja de Ahorros, estableció una Escuela de agricultura y un jardin de aclimatacion; el Museo y multitud de otras instituciones benéficas para el pueblo.

Ahogó la asonada del 19 de agosto de 1821, que á la voz de «patria y religion», fomentó el doctor

Gregorio Tagle y se consagró por completo á las reformas emprendidas. « Ellas abrazaron desde la « economía interior de las oficinas hasta los actos « ejercidos por el pueblo en razon de su soberania; « desde las prácticas forenses hasta los hábitos par- « lamentarios; desde la política de cuartel del sol- « dado, hasta la clasificacion de las recompensas á « que eran acreedores los del ejército. »

Durante su administracion se invitó á los pueblos para la reunion de un Congreso, comisionándose al doctor Diego Estanislao Zavaleta, para que les incitase á la reunion, resolucion patriótica que fué la iniciadora del Congreso de 1826.

El gobernador Rodriguez puso especial atencion en la defensa y avances sobre la frontera; en la primera expedicion de 1822, batió á los indios en el *arroyo de los Huesos*, el *Azul* y *Chapaleufú* y en la segunda en 1823 llegó hasta la sierra del Tandil, donde fundó la actual poblacion.

A fines del mismo año preparó el ejército de 2500 hombres, que desde la guardia del Monte salió en enero de 1824, bajo las órdenes del general Rondeau, acompañándolo él y su ministro el general Cruz.

La expedicion estaba combinada con unos buques que debian esperarlos en Bahía Blanca; donde se pensaba poblar. La campaña fué fatigosa, llena de penalidades, sin agua unas veces y otras entre canchales. Llegados á la sierra de la Ventana se despachó al general Rondeau para que buscara en la costa á la escuadrilla, resultando que ésta, equivocada-

damente, habia echado anclas en el arroyo Napostá Chico y no en el sitio de antemano acordado.

Fracasado tan loable intento y escaso de víveres, como acosado diariamente por los salvajes, el ejército comenzó la retirada en el invierno, cuya crudeza se hizo sentir de una manera sensible entre las tropas.

Hubo muchas pérdidas hasta disolverse las fuerzas en el Tandil, regresando sus jefes á la Capital.

En este intervalo se habia elegido el 2 de abril de 1824 para sucederle en el mando al general don Juan Gregorio de las Heras, acordando la Junta enviarle al Gobernador cesante la siguiente honrosa comunicacion:

« A su Exelencia el señor gobernador y capitán general de la Provincia don Martin Rodriguez.

La representacion de la Provincia acaba de nombrar al Sr. general don Juan Gregorio de las Heras, para que suceda á V. E. en el mando supremo de ella, con arreglo á lo que establece la ley de 20 de diciembre de 1823.

Ha llegado V. E. al término que fijó la ley á la duracion de su gobierno. Este acontecimiento es para V. E. muy honroso, porque es en su género, el primer ejemplo que debe registrar con interés nuestra historia. Es al mismo tiempo muy lisonjero para la Provincia y sus representantes porque él es la mejor garantia que responde á la estabilidad de nuestras instituciones.

Al dar á V. E. un sucesor digno, la Sala de Representantes, reconoce que V. E. ha llenado sus deberes

con celo y dignidad y recordará siempre con satisfacción que, bajo su mando y dirección, se ha dado á la Provincia la nueva organización que tanto le honra y que debe asegurar su prosperidad y engrandecimiento.

Sala de Sesiones, abril 2 de 1824.

MANUEL DE ARROYO Y PINEDO,  
Presidente.

*Matias Oliden,*  
Secretario.

De conformidad con la ley, se recibió del Gobierno el general Las Heras el 9 de marzo y aun cuando los palaciegos é intrigantes aconsejaban la reelección de Rodriguez, este benemérito ciudadano, supo alejarse del teatro de acción, para que la Junta resolviese con entera libertad y conciencia.

Aquel era el primer caso que se presentaba de respeto á la soberanía popular, digno corolario de esa Administración que ha quedado en la historia «como un faro alzado en la bóveda del cielo de la Patria alumbrando á los pueblos el camino de la libertad.»

Pasó á revistar en la Plana Mayor como brigadier general, hasta el 14 de julio de 1825, que se le nombró en comisión para formar un ejército de observación en las costas del Uruguay, para donde salió el 16 de agosto.

Llevó una pequeña fuerza para plantel, á la que reunió otra de caballería que le habia preparado el gobierno de Entre-Rios.

Desde el Paraná lanzó una proclama á aquel pueblo, en la que le señalaba como la vanguardia en caso de que se produjera un conflicto con el Imperio.

Tenía su campamento en el arroyo del Molino cuando en diciembre estalló la guerra, recibiendo orden de pasar á la provincia Oriental, como lo verificó en julio de 1826, trasladándose al Durazno para operar en combinacion con Lavalleja y Rivera quienes debian obrar bajo sus órdenes.

Habian mas de cuatro mil hombres bien organizados y listos para abrir la campaña, cuando sufrió la primera decepcion, con el retiro de Rivera,—espíritu díscolo y revoltoso que pretestó un disgusto por la disolucion de su regimiento de «Dragones», para separarse—y poco despues en agosto, la mayor aun, cuando entregó el mando al general Alvear que esta vez como en 1814, recojeria la gloria de su terminacion.

De regreso á Buenos Aires y por pedido suyo á causa de su enfermedad y « porque se horrorizaba de los males que pudiera sufrir la Patria no queriendo ser instrumento de una autoridad que podia ponerles remedio y no lo hacia » en marzo 16 de 1827, pidió su retiro despues de cuarenta años de vida activa y 20 de carrera militar; por las enfermedades que habia contraido y que le imposibilitaban continuar en el servicio.

Permaneció ajeno á los acontecimientos que dieron por resultado la renuncia de Rivadavia de la Presidencia, y entregado á la atencion de sus valiosos bienes, aparece en la escena pública, cuando la sublevacion del 1º de diciembre de 1828.

Solo conociéndose los viejos recelos que lo distanciaban de Dorrego, recordando sus antagonismos de 1820, se comprende su participacion en hecho tan infausto.

Invitado por los jefes del ejército y movido por los miembros del partido unitario que el despecho hizo rencorosos y crueles, formó entre los sublevados y salió á campaña con las fuerzas rebeldes.

Se batió en *Navarro* y mereció ser recomendado en el parte de batalla de fecha 10 de diciembre, hallándose en el campamento cuando con la muerte de Dorrego, se destruian las instituciones que él, en primera escala habia establecido años atrás.

Su antiguo teniente, camarada y amigo, fué el vencedor en el *Puente de Márquez* el 26 de abril de 1829 cuando ya el general Rodriguez se habia retirado en silencio á su hogar, pero llevando el fuego de las pasiones, que en el extranjero le harian digno y patriota, como en los grandes dias de la revolucion y durante el período de su famosa administracion.

En 1830 pasó emigrado á Montevideo en donde su entusiasmo y desprendimiento por la causa á que estaba afiliado, se hizo proverbial.

Contribuyó con dinero siempre que fué necesario y en 1842, anciano y enfermo, quiso acompañar al general Paz en la campaña que debió ejecutar sobre la banda oriental del Paraná.

No pudiendo ir, envió á sus hijos.

Toda su fortunã fué puesta á disposicion de los directores de la guerra y sus valiosas propiedades se vendieron poco mas que por nada, á fin de crear

recursos al gobierno de Montevideo para sostener el sitio.

Cuéntase que alguien le manifestó lo preciso que era munirse de recibos ó documentos para que algun dia recobrase las cantidades que donaba—; *Qué cuentas he de llevar á mi madre!* fué su contestacion tan bella, como espontánea.

«Murió en tierra extranjera el que hizo resonar por primera vez en las desoladas campañas y en los enlutados hogares las palabras *amnistia* y *olvido*, reuniendo en un vínculo comun á los vencedores y á los vencidos, á los proscriptos y á los proscriptores».

«Murió en profunda miseria despues de haber sido poseedor de una pingüe herencia paterna, aumentada con laboriosos y honrados trabajos, despues de haber administrado los millones del tesoro nacional, despues de haber comandado á ejércitos y á pueblos».

El era el decano de los revolucionarios de 1810 y cuando los fuertes de la plaza sitiada anunciaron con sus cañonazos que el 5 de marzo de 1844 habia muerto varon tan esclarecido, Brown, que en aquellos dias sitiaba á Montevideo, por orden del tirano, se asoció al duelo enlutando las banderas de su buque como un homenaje de dolor y respeto al patriota eminente y ciudadano distinguido.

Cuarenta y cinco años trascurrieron desde su muerte hasta que tuvimos el honor de iniciar la repatriacion de sus restos, que se verificaron el 15 de julio de 1891 y hoy se encuentran en el cementerio del Norte de esta ciudad, que aun no tiene una calle

---

con su nombre que recuerde á los argentinos, el soldado abnegado y prócer de nuestra independencia, que dió el ejemplo de los gobiernos populares, laboriosos y honrados, dejando que la conciencia de sus ciudadanos designase en paz y libertad al que debía sucederle en el mando.

---

---

## Un episodio de 1841

En abril de 1840 se formó la liga de gobernadores conocida en la historia con el nombre de *Coalicion del norte*, cuyo objeto era resistir la preponderancia de Rosas y tentar una vez mas la restauracion del partido unitario.

Brizuela era el gefe supremo y Marco Avellaneda el alma de la reaccion.

Un año despues, siendo gobernador de Catamarca don José Cubas, y tras diversas vicisitudes, la Legislatura se pronunció en favor de aquella causa, obedeciendo á la voz del coronel de milicias y diputado don Vicente Mercado que condenó la política de Rosas, demostrando la conveniencia de hacer un movimiento decidido y enérgico para contrarestarla.

Esa actitud puso á Oribe en el caso de enviar fuerzas á Catamarca en favor del gobernador Balboa, que habia sido derrocado, y á ese objeto despachó á su gefe de vanguardia, el coronel Mariano Maza, militar activísimo que hizo la guerra á muerte y

que ha dejado á la historia documentos que le caracterizan como algo mas que un fanático.

El campamento rosista estaba en Metan, y de allí salió dicho gefe con una fuerza veterana y buenos elementos para hacer rápidamente la travesía que separa aquel punto de la provincia de Salta con la ciudad de Catamarca.

Iba como siempre buscando adversarios para su coraje y víctimas para su furor.

De paso por la provincia de Tucuman decia desde Aldurralde al gobernador de Córdoba don Claudio Antonio Arredondo:

«Hemos llegado hasta las orillas de la ciudad de Salta persiguiendo á Lavalle; de allí vuelvo para concluir con el cabecilla Cubas, que está encorralado».

Y siguió ardoroso, veloz, sembrando el terror en las fértiles campiñas, húmedas aun con la sangre de los vencidos en la *Ciudadela*, en el *Tala* y en *Famaillá*, y hubiera sorprendido á los mandatarios de Catamarca si la casualidad ó la providencia, no hubiera entorpecido sus planes.

Cuando repechaba desde la Viña la escabrosa cuesta del Totoral, asomó por la cumbre un vecino de Piedra Blanca, el que, desde aquella altura y separado por mas de dos leguas, divisó las tropas y conoció que eran rosistas por el color de sus vestidos. Llevando su caballo al monte, escondióse dentro del hueco de un árbol *borracho* que estaba á un lado del camino y por un agujerito que hizo con la punta del cuchillo, esperó á que desfilaran. Los con-

tó y, tomando nuevamente su mula, extravió camino sobre pedregales y quebradas tupidas de algarrobos y garabatos, les ganó la delantera y pudo llegar á Piedra Blanca con tiempo para avisar al coronel Mercado el peligro que tenían encima y del que estaban ignorantes los dueños de la situación de aquella Provincia.

Un rato despues, un chasque corroboraba la noticia, agregándole que las fuerzas federales de Paclin, bajo el mando de Balboa, Segura y Olmos, se habían incorporado y avanzaban con precipitación.

Teniendo licenciadas sus milicias y apenas con una pequeña guardia, encargada del cuidado de los caballos, Mercado tomó uno de éstos y corrió hácia la capital, á dar el alerta al gobierno.

A las once de la noche noticiaba de la invasión al gobernador y á sus ministros, que estaban sentados en la vereda de la casa de aquél, gozando de la brisa nocturna y de la espléndida luna que les alumbraba.

No obstante que se resistieron á creerla, dieron órdenes para que se alistasen 25 dragones y el escuadron de Anjuleros que guardaban la plaza, los que salieron á la 1 a. m. del 29 de octubre á las órdenes de Mercado con dirección á Piedra Blanca. Desencontrados con Maza, éste, antes de la madrugada, entró á la población haciendo descargas y gran bullicio, mientras que los representantes de la autoridad, confiados en la acción de Mercado, estaban de baile,—no recordando, sin duda, al músico que anunciara su entrada diciendo: *habrá violin y habrá*

*violon*, y lo cumplia, convirtiendo aquellos danzas en danzas de sangre!

---

Los mismos gritos y estruendos producidos por el ejército que se acercaba dieron tiempo á que Cubas y sus partidarios se pusieran en armas y el choque tuvo lugar en la plaza principal, donde se peleó dos horas, despues de las que, vencido el Gobernador, huyó hácia las faldas del Ambato, mientras que el vencedor no daba cuartel á sus enemigos. Comunicó á Rosas que mas de seiscientos habian sido pasados á cuchillo, como les habia prometido, y mandó poner en un palo, entre otras, las cabezas de los ministros, á las que reunió pocos dias mas tarde la de Cubas, tomado por una delacion en la quebrada del Infiernillo.

Mercado, en conocimiento de lo que sucedia retrocedió y, no pudiendo hacer frente á las cargas que les llevaron los invasores, se retiró hácia Choya.

Desbandada la tropa, solo, sin alimentos y sin esperanzas, buscó refugio en la ciudad. Un clérigo, su amigo, por temor quizá le cerró las puertas, y entonces emprendió marcha á pié, para su *pago*. En este se encerró unos dias hasta que, por instancias de su cuñado Angel Maza, amigo del coronel Mariano y tio de los Segura, aceptó que pidiese por su vida.

Mercado queria el indulto por escrito, para fugar á Bolivia, pero Maza solo le concedió que *confiase en su palabra de honor*.

Poco duró la palabra de consuelo en el hogar desolado.

Los Seguras no vieron bien que salvara un hombre de mas valer que ellos y que continuaria teniéndolos en zozobras y rogaron, insistieron y exigieron del coronel Maza que les entregara la suerte de aquel soldado.

Y fué conseguido.

El 3 de noviembre, á la hora de siesta, Mercado estaba durmiendo á la sombra de unos naranjos, vigilado en su sueño por uno de sus hijos, cuando se anunció que una partida venia á buscarlo.

Era un comandante que deseaba conducirlo á la ciudad, para un careo con Cubas, pues querian llenar con éste ciertas formalidades antes de ejecutarlo.

Aunque Mercado comprendió la mala intencion de los que con tanto empeño lo solicitaban, se arrancó de los brazos de su esposa y tiernos hijos y, ya en el caballo, *vamos*, dijo, *que hagan lo que quieren!*

Escoltado y en silencio llegó á casa de los Segura. Allí lo hicieron apeaar, poniéndolo de planton con centinela de vista.

Momentos despues, la partida tenia órden de continuar la marcha; pero Mercado habia oido ya que se encargaba llevar un *palo*.

La comitiva siguió algunas cuadras é hizo alto en el sitio en que se levantaba una caña, en cuya extremidad estaba la cabeza del comandante Lopez, degollado el dia antes.

Mercado vió su situación, se reconcentró un momento y optó por la resistencia.

El, como Chilabert años despues, no podia entregarse sin poner á prueba sus músculos, ya que corazón nunca le faltára.

Bajó del caballo y comenzó la lucha bárbara, tenaz, desesperada, hasta que el número triunfó derribándolo de un garrotazo que le asestaron con acierto y, una vez en el suelo, le degollaron inmediatamente.

A dos varas de distancia del palo en que estaba su segundo, fué puesto el que traían y en él clavaron la cabeza del último de los que protestaron contra la tiranía en la provincia de Cañamarca!

Manos piadosas recogieron el cadáver, dándole sepultura en el cementerio de Piedra Blanca. Su sangre empapó ese sitio y hasta muchos años despues, cuando las lluvias desparramaban las arenas, se conservaba aquella y era como un santuario para su esposa y sus hijos, que concurrían á llorar y hacer oraciones por el alma de esa víctima de nuestras guerras civiles.

---

---

## Arenales



Después de San Martín y Bolívar, tres repúblicas eminentes se disputan la prioridad entre los americanos. Los tres íntegros; los tres patriotas; los tres dignos á cual más de la gratitud y del amor de los pueblos que les amaron en vida, y les aclaman en la hora de la justicia y de la historia.

El vencedor de la *Florida* era un soldado de molde único—valeroso, disciplinado, organizador y táctico.

Honrado, humano, ciudadano intachable y gobernante ejemplar.

¿Qué le faltó para elevarse á la cumbre entre los actores de la emancipación?

El génio y la clarividencia de San Martín; la constancia impertérrita, y talento brillante de Bolívar.

No obstante, fué firme y decidido durante la guerra de quince años.

Formó entre los primeros que agitaron el pendon de libertad en el nuevo mundo y fué una de sus víctimas á consecuencia del movimiento frustrado en Chuquisaca el año 1809.

Cooperó animoso al impulso que llevaron nuestras armas al Alto Perú y allí en aquel suelo ingrato, por su clima y por el espíritu hostil de sus habitantes, consiguió sostener la lucha y hacerlas vencer.

Mantuvo la agitacion, y la resistencia, aislado, sin recursos y alguna vez hasta sin esperanzas, y cuando aquel campo de accion se perdió para los defensores de la independendia, Arenales pasó á incorporarse á la expedicion que salió de Chile, para quebrar al enemigo en su mas poderoso baluarte.

A él cupo la gloria de recojer los primeros laureles y si *Pasco* no adornára una página histórica de la revolucion, sus dos campañas á la *Sierra*, fueran bastante para acordarle el mas alto puesto en el ejército libertador de San Martin.

Fué querido de los pueblos, considerado por sus superiores, temido y respetado por sus subalternos y por sus enemigos.

Gobernador de Santa Cruz y de Salta, la posteridad no ha recogido una queja, una murmuracion siquiera sobre su conducta de magistrado.

El Alto y Bajo Perú ¡el corazon de América! su foco en la primera hora y su pira en la última, en la contienda por el derecho y por la libertad, son el

escenario de sus servicios, de su tenacidad, beneméritos los unos, desinteresada la otra.

Murió en pobre y solitaria aldea y la patria llorará siempre la ausencia de sus restos, perdidos en la penumbra de la anarquía que mas tarde la devoró.

---

---

## Premio merecido

Era el 19 de marzo de 1823.

El gobernador propietario de la provincia de Buenos Aires, general Martín Rodríguez, estaba en la campaña y se encontraba encargado del P. E. don Bernardino Rivadavia.

Las grandes reformas que éste y su colega García, iniciaron y llevaron á cabo en el período administrativo que levantó á la Provincia del caos y fué base para la reconstrucción nacional, encontró espíritus rebeldes, que se oponían á esos progresos é innovaciones.

La tolerancia religiosa se estableció en esas circunstancias y ello fué motivo para que se conmovieran las masas, que instigadas cautelosamente por el doctor Tagle, se levantaron una noche al grito de:

*« Viva la religion—Mueran los herejes »*

La muchedumbre se lanzaba hácia la plaza de la Victoria con intención de atacar el Fuerte, (residencia de la autoridad), abriendo la cárcel en su marcha

y uniendo los detenidos á las bandas que se agitaban y pedían sangre.

Serian como las dos de la mañana.

El cañon de la fortaleza dió la alarma, y un momento despues, Rivadavia se veía rodeado de jefes, ciudadanos y soldados, dispuestos á pelear y morir en defensa de las instituciones y del gobierno.

Allí estaban Vidal, Pinto, Viamonte y otros, que ayudaron al gobernador delegado y consiguieron disolver el tumulto por la fuerza.

Hemos dicho que el autor del movimiento fué el doctor Tagle, personaje del tiempo del Directorio y que estando apartado de la política volvía á la escena aprovechando el descontento y la murmuracion de la clase inferior de la sociedad, en lo que le auxiliaban algunos beatos y ciertos sujetos de influencia en los arrabales.

El principal de estos era un militar que, con buenos servicios prestados en la guerra de la independencia y otros contra el caudillaje, cargaba las presillas de Capitan.

José Benito Peralta aunque habia solicitado su baja en 1821, conservaba prestigio entre sus antiguos subalternos, que eran muchos de ellos, los compadritos de las orillas de la ciudad.

Bauzá, Castro, Guerrero eran los que le secundaban.

Disuelta la asonada y presos los principales promotores, fueron fusilados inmediatamente por órden del enérgico ministro de gobierno.

Peralta consiguió escapar y fué á ocultarse en

casa de su compadre y amigo el español Juan Antonio Segovia.

Rivadavia, anticipándose á Sarmiento, ofreció *veinte onzas de oro* al que lo entregase.

El caudillo de aquella noche angustiada, sonreía desde su escondite, creyendo burladas las pesquisas de la autoridad y esperando días mas propicios en que olvidada su calaverada, podría regresar á su hogar.

Acariciaba estas ideas, cuando le sorprendió en su asilo, una guardia que venia á buscarlo para conducirlo al banquillo.

¿Quién era el delator?

Su compadre y amigo Segovia que, por obtener la dádiva, se presentó en el Fuerte y dijo seca y rudamente:

«El capitán Peralta está en mi casa».

Rivadavia ordenó el fusilamiento y cumplió su oferta, pero indignado con tan villano proceder, suscribió la orden de pago en esta forma:

«Entréguese por mano del verdugo, la cantidad de veinte onzas de oro al infame y vil delator Juan Antonio Segovia»

---

---

## El asistente de San Martín

La esposa del general José de San Martín, era una joven distinguida, de carácter festivo y siempre dispuesta á las alegrías y entusiasmos de su edad.

San Martín la mimaba, y aun cuando se resentía de cierta aspereza militar, era culto y hacia cuanto estaba en su mano por tenerla contenta, sobre todo mientras vivieron en Mendoza, lejos esta última de sus amantísimos padres.

No obstante los halagos y la amabilidad que le merecía, el severo General dos veces la llamó al al orden, para que le diera el ejemplo de la disciplina.

La primera fué un día que Remedios envió al asistente para que le comprara un carretel de hilo en la tienda mas próxima.

El delito era leve, pero el fundador del ejército de los Andes no lo consideró así, y, á la hora de comer, en un momento en que quedaron solos con la sobrina y compañera de Remedios,—Encarnación de María—le dijo: — «Hijita, te voy á pedir un

favor; ya sabes que no te contrarío en nada, pero tratándose de asuntos militares, quiero que me satisfagas, y mas siendo una cosa tan sencilla. Hoy he sabido que mandastes mi asistente á la tienda, y esto es muy feo. El asistente se dá á los militares para su servicio, pero no para que sea sirviente y menos de la señora. Ocuparlo en otra cosa que no sea de su obligacion, es degradar la carrera militar; nó, el soldado no es para mandados, y como tu has visto, jamás me permito darle otras órdenes que las que como militar debo darle.

Toma las mucamas que necesites ó desées, pero te ruego no me ocupes al asistente, por que no debo dar mal ejemplo, y sobre todo por que no quiero *degradar al militar*.

¡Qué modo de pensar tan distinto al de muchos que han venido despues!

---

La otra escena pasó el primer dia de carnaval del año 1816, en la ciudad, hoy muerta, de los álamos y de los temblores.

Remedios, tenia diez y siete años y sus amigas eran mas ó menos de la misma edad. Su relacion con la oficialidad del ejército no era nueva: esta se componia de los *muchachos decentes*, camaradas de sus hermanos Mannel y Mariano, que habian nacido en el barrio de la Merced y se habian criado al rededor de la vieja casa de los Escalada. Se llamaban Lavalle, Pacheco, Soler (M. J.) los Olazábal, Olavarria, Salvadores y otros, que apenas

llegaban á 20 años y ya ostentaban ufanos la medalla de *Montevideo*, ó registraban en su foja de servicios la campaña del Alto Perú, *San Lorenzo* ó algun otro combate que era un ensayo de lo que harian despues.

Bravos, bulliciosos, caballerescos, aquella fué una pléyade de jóvenes valerosos, como jamás se ha vuelto á repetir.

Cada uno de esos *muchachos* eran capaces de llevarse por delante un escuadron, como lo probaron afilando sus sables con el estrago que hicieron en las *Coimas*, en *Chacabuco* y en otras mil acciones que seria largo enumerar.

Pero, volvamos á nuestra anécdota de la que nos apartan estos nombres gloriosos y simpáticos, que siempre hemos de encontrar.

Remedios y sus amigas se preparaban sigilosamente para entrar en *batalla* durante el carnaval. Por medio de sus hermanos fueron invitados los oficiales que tenian anhelo de repetir sus proezas de la ciudad natal.

San Martin, el hombre de la disciplina y de la gravedad, malició de lo que se trataba al notar las idas y venidas de sus cuñados, de las mucamas, de los asistentes de aquellos, de las amigas, etc., etc., y como habia prohibido el juego de carnaval en el ejército, se preparó á destruir al *enemigo* antes de que avanzase á desmoralizar sus tropas.

Por segunda vez, y dejando su habitual seriedad, indicó á su esposa que suspendiera los preparativos, por que no era propio de que se jugase car-

naval en casa del que habia dado órden contrario.

—«Qué dirán de mí cuando sepan que tú y tus hermanos sou los primeros en violar las disposiciones que doy?

No, no puedo permitir este *escándalo*, pues no se debe clasificar de otro modo: que yo sea el único que falte á mis resoluciones.

Voy á ser criticado, y con razon, y me pondré en ridículo ante Zapiola, Las Heras, Necochea y otros jefes cuando sepan que sus oficiales se han divertido en casa del General».

No, no, repetia San Martin, paseándose en la sala, mientras Remedios y su sobrina abochornadas, buscaban de escurrirse para que la *felpa* no continuara.

Pero hemos dicho ya que el general de los Andes nunca se enojaba con su esposa, y así en medio de la negativa, le dirigía palabras suaves, como para convencerla de la razon de su resistencia.

En una de esas ocasiones, Remedios insistió, y apoyada por su compañera, convencieron á aquél que no éra lícito ser *tirano* en un pueblo donde no habia diversiones y en donde el carnaval venía á dar trégua á la monotonía de las *siestas*, á que no podian acostumbrarse y que era necesario sobre llevar.

La lucha fué tenaz, pero venció, como siempre, la mujer.

Se acordó que jugarían dentro de la casa y á puerta cerrada.

Y así se hizo. Tres dias duraron las mojaduras, la

alegría, las expansiones de la *porteñada*, en la que solo algunas *mendocinas* tomaron parte para ayudar á sus compatriotas contra el empuje de los bizarros granaderos.

San Martín, en tanto, se lo pasaba escondido porque *no quería autorizar las faltas de sus subalternos*.

Después han venido otros á encabezar carnavales de sangre, que han esterilizado las fuerzas vitales del país mas que el salitre que cubre el sitio donde fué el campamento del «Plumerillo».

---

---

## Profecía de Rosas?



Lavalle despuesde *Ituzaingó*, era la figura militar mas simpática, entre los centenares de guerreros que acababan de fundar con su espada, la independendia de medio continente.

Valiente, bizarro, culto y con una altivez caballeresca no desmentida durante los diez años que brilló en los vivacs y en los campos de batalla, el partido unitario le buscó, le halagó para ponerlo al frente del movimiento reaccionario que agitaba en 1828. Y Lavalle que estaba en esa corriente, (1)

---

(1) Mendoza, enero 14 de 1828 —Mi querido amigo:— No he contestado sus cartas, porque separándonos de asuntos públicos ¿qué he de decirle? Guardar silencio sobre ellos con vd. me repugna, y por otra parte no quiero destruir sus esperanzas con la narracion de hechos que están á la espectacion del mundo, y con la pintura del estado actual de nuestra pobre patria, como yo lo creo.....*Juan Lavalle.*

aceptó el puesto que se le designaba entrando en la política interna con esa pujanza y ardimiento que le hiciera descollar en los combates.

Pero Lavalle, *excelente militar, no pedía, ni oía consejos* y este defecto, mas grave aun en un hombre que no era político, ni tenia luces, fué lo que le precipitó de error en error, desde el dia infausto que fusiló á Dorrego hasta el igualmente triste, de su muerte en Jujuí.

El héroe de *Riobamba*, el que acababa de electrizar al ejército con sus cargas sobre las fuerzas del Imperio, cometió la primera falta el dia que puso su nombre y su gloria al servicio de los rencores de un bando; este paso le arrastró á encabezar la sublevacion de las tropas veteranas que venian de salvar la honra y la integridad de la patria—Paz en 1829 era un reincidente para el que no era nuevo, envolver á su país en una guerra civil; pero Lavalle, aquel Lavalle lejendario, se sumergió quizá inconscientemente en un charco que tenia mas lodo que sangre.

Y en balde será que se pretenda disculpar esos errores; ellos fueron funestos y tuvieron su fatal pero lógico desenlace, en la tragedia de Navarro—Tragedia inútil y que harto se ha pagado!

---

Despues de la derrota de *Navarro*, el 1º de diciembre de 1828, Rosas consiguió retirarse á Santa Fé, de donde volvió apoyado con las fuerzas del gobernador Lopez y derrotó á Lavalle en el *Puente*

de Márquez, á consecuencia de lo cual, se celebró la Convencion de paz el 24 de junio de 1829, que designaba el nuevo gobernador de Buenos Aires (Viamonte) y establecía la renovacion de la Cámara de Representantes. Es decir, que, antes de seis meses, la reaccion federal se habia operado y las sombras continuaban cubriendo la noble y gallarda personalidad de Lavalle.

Pero despues de firmada la paz en Cañuelas, se pensó y al efecto conversó el coronel Manuel de Escalada con Lavalle á fin de explorar sus ideas, respecto al cumplimiento de lo pactado y á lo nuevo que queria establecerse.

Lavalle era inconsistente en sus ideas y se dudaba con razon de su firmeza.

La mision de Escalada se redujo á pedirle que aceptara el ponerse al habla con el coronel Pacheco, para que éste fuera porta-voz ante Rosas de cualquiera resolucion que conviniese tomar para garantir el compromiso que existia.

Escalada, Pacheco y Lavalle se habian formado en el regimiento de «Granaderos á caballo» se conocian desde niños, pero la amistad de estos últimos estaba resentida desde los sucesos del año anterior. Pacheco acompañaba á Dorrego cuando lo aprisionaron y fué tambien detenido y enviado á un ponton, durante los primeros dias de la rebelion de Lavalle.

No obstante consintió en verse con su antiguo camarada y con fecha 23 de julio recibió estas líneas Escalada:

«*Mi querido Manuel: He sido siempre y soy amigo de Pacheco, por consiguiente su visita me será muy agradable. Ven, pues, con él á la hora que gustes.—Tu Juan*».

La entrevista tuvo lugar y se convino en que Pacheco se trasladaria á Cañuelas para llevarle á Rosas el pensamiento y decision del general Lavalle, á fin de destruir cualquier obstáculo que fuera impedimento á la realizacion de la gran obra que tenían entre manos.

Entendidos los viejos compañeros de armas, el confidente del Comandante general de campaña no marchó como se verá, y por carta se enteraba Rosas de los sentimientos y planes de Lavalle, manifestando al intermediario sus mejores intenciones porque se restablecieran las instituciones de la Provincia, anhelando que se reuniese pronto la Convencion para que, con la entrada del nuevo mandatario verse libre de asuntos políticos pudiendo retirarse é cuidar sus intereses.

Mentia Rosas?

Es tan difícil creer que en 1829, pensase en la absorcion del poder que consiguió despues, que no es aceptable suponer que hipócritamente demostrase el patriotismo y abnegacion de que dió testimonio en esos dias.

No satisfecho aun con las declaraciones que habia hecho, el futuro tirano le escribió la carta que va á leerse con el ánimo sin duda de que se la mostrara á Lavalle, la que deseamos publicar sin comentarios, dejando á la Historia que la considere como merece, despues de un estudio sério, repo-

sado, léjos de la pasion y de los actores de la larga noche en que gobernó, para que juzgue si serian ó no sinceras las declaraciones que en ella se hace:

Cañuelas, julio 24 de 1829.

*Señor don Angel Pacheco.*

Mi querido amigo:

Leo en tu estimable carta de hoy la expresion de tus sanos sentimientos. Voy á contraerme á su contestacion tan interesante á la causa pública.

Impuesto de cuanto me dices sobre tu conferencia con el general Lavalle, de la lista formada en el Ministerio, y lo demás ocurrido hasta la hora en que escribistes, creo conveniente que no vengas ahora. Tu persona en esa es muy necesaria y es preciso que continúes trabajando cuanto puedas para que tenga efecto lo pactado y triunfe la lista convenida. Yo espero que trabajarás con decidido empeño porque triunfe la indicada lista, interesando por lo mismo á todos tus amigos y haciendo á este fin cuantos esfuerzos puedas.

Si la lista acordada no triunfa, los pactos mas solemnes del trato, que no se han publicado, quedan sin efecto, y se habrá perdido la mejor ocasion de salvar la patria. La sangre de nuestros compatriotas se derramará á torrentes sin duda. Esto será triste, pero será mas triste todavia la necesidad de conformarse porque no hay otro remedio.

Como me duele, mi querido compatriota, ver al general Lavalle encerrado en ese miserable Fuerte, en ese teatro de perfidia. El ofrece círculos que saben halagar jugando con habilidad los dar-

dos de la traicion, que son capaces de embriagar el mejor entendimiento, la razon mas bien formada. El hombre del corazon mas sano, del alma mejor colocada, y del ánimo mas elevado, está expuesto á marchar sin tino, sin plan y sin combinacion á las veces. Mañana los mismos que hoy lo cercan y halagan al general Lavalle serán capaces de mandarlo degollar.

Yo me atrevo á pronosticar sin temor de equivocarme, que si el general Lavalle se une conmigo de firme, el país se salva. Diré mejor: la gran familia de la República Argentina verá muy pronto el dia suspirado de la grande obra de su consolidacion. Juan Manuel Rosas es un hombre de bien, un labrador honrado, amigo de las leyes y de la felicidad de su país. Tiene en él una fortuna arraigada, esposa, hijos, padres y hermanos. Treinta y cinco años de edad, que los mas lo ha pasado en el retiro de una vida oscura, que es lo mas acomodable á su temperamento. En una vida privada, donde ha debido meditar en medio de una calma libre de pasiones—¿Cuáles serán pues, sus aspiraciones despues de las lecciones que presentan las historias todas de las revoluciones del mundo? Estoy seguro que si el general Lavalle me conociera como tú, conociera tambien á las personas que lo rodean, y meditase léjos del bullicio, se penetraria como tú del fuerte poder y razones que hay para creer que de la fuerte y sólida union con Juan Manuel Rosas debe esperar la felicidad de su patria, y sin duda la suya acompañada de una inmensa gloria.—Por lo contrario de los otros la muerte del país y *la suya particular*.

Agradezco los recuerdos de nuestro amigo el señor don Manuel Escalada y los retorno muy agradecidos por el interés que toma en esta importante obra. Con conocimiento de estos conceptos y de lo que ya hemos hablado, díle que no se canse de trabajar por la salvacion del país, porque si se abandona esta oportunidad se pierde y nos perdemos.

Las noticias de Córdoba las tengo de distinto modo segun el parte de Bustos y Lopez—Resulta por dicho parte segun yo lo entiendo, la accion ganada por Quiroga porque el general Paz se habia retirado de la ciudad con la infanteria, y Quiroga con Bustos quedaban fuera cerca de la ciudad con sus tropas, despues de la accion.

Este parte hace dias que lo tengo y no lo quise ver correr por delicadeza.

Si algo necesitas para el trabajo de las elecciones, entiéndete con Arana quien facilitará todo, pues en la fecha le escribo sobre esto.

La órden que me pides para la señora doña Ana Otárola ya la mandé.—Puedes verla y si no está buena mandaré otra del modo que quieras.—Cualquier cosa que se te ofrezca de ésta ú otros en que yo pueda ser útil, no andes con reparo para decírmelo que solo no haré lo que absolutamente no pueda.—Lo mismo díle al amigo Escalada.

Siento un placer grande al decirme tuyo affmo. amigo y compatriota—



JUAN MANUEL ROSAS.

Mostraría Pacheco esa carta?

No tenemos constancia de ello, pero es indudable que dada la vieja relacion que habian reanudado y la importancia del documento, en aquellos dias, Lavalle debió verla, no olvidándola quizá en los subsiguientes, que le fueron tan llenos de sinsabores.

---

Diez años despues, en 1839, persistente el partido unitario en derribar á Rosas, al que los sucesos le habian colocado en la gobierno de la provincia de Buenos Aires con *facultades extraordinarias* y como Encargado de las relaciones exteriores de la República, se levantó nuevamente en armas, y al frente de un ejército apareció el general Lavalle tan abnegado como siempre, pero con la intuicion de que seria aquella su última campaña.

Desacertado en sus planes, algo infatuado, decidido aunque desencantado y aturdido, con desconfianzas y prevenciones, su guerra al tirano fué una série de derrotas y amarguras que quebrantaron su ánimo y que le obligaron á ir en retirada por el territorio argentino, buscando asilo en el extranjero.

El ocho de octubre llegó á la ciudad de Jujuí y el 9 al medio dia sucumbió de una manera tan casual como trágica.

La profecía de Rosas se habia cumplido—Lavalle seria víctima de la guerra civil que él encendió y que no le fué posible concluir.

La carta hasta ahora inédita que vá en seguida,

consigna los datos mas exactos sobre su fin, segun hemos tenido ocasion de confrontarlos con los que nos ha dado uno de sus oficiales en la cruzada libertadora que salió de Martin Garcia é hizo sus últimos disparos en la quebrada de Humahuaca.

« ¡Viva la federacion!! — Señor general don Angel Pacheco. Cuartel general en marcha, octubre 13 de 1841.—Mi estimado amigo: con el mas vivo placer he recibido la importante nota de vd. del 24 y tambien la del 21, que ya presagiaba aquel resultado feliz. Nunca dudé que tendríamos un dia mas de gloria desde que veía á vd. á la cabeza de esa Division y ésta compuesta de gefes, oficiales y tropa, tan valientes y decididos. Solo ansiaba por saber que se hubiesen encontrado; lo demás no me inquietaba.

A esta fecha, ya tendrá vd. en su poder mi parte ó carta de la batalla del 19, contra el salvaje Lavalle, en el *Rio Colorado*; la persecucion y medidas que á consecuencia del triunfo se tomaron, han dado por resultado la muerte del salvaje unitario Juan Lavalle, asesino, sobre quien el cielo descarga el golpe, cuando pensaria quizá, haber escapado á él.

Los detalles de este importante suceso son curiosos y los diré á vd. brevemente.

Lavalle llegó á Jujuí con veinte y cinco hombres, dejando lo demás de su fuerza, que segun cartas suyas que están hoy en poder del Ilustre Restaurador, alcanzaba á doscientos, en los extramuros: se

apeó en la casa de un Zenavilla, donde creyó encontrar al salvaje unitario Elías Bedoya y metió adentro á los fondos, toda su escolta y caballos.

Ahora bien: el coronel de Jujuí, don Domingo Arenas, habia mandado al pueblo una partida de ocho hombres, (1) con el teniente coronel don Fortunato Blanco, á sorprender y capturar en su misma casa á Bedoya.

Llega esta, encuentra del lado de afuera de la puerta á un oficial ó asistente de Lavalle, con divisa celeste: le dá la voz de preso (es de advertir que ellos no sabian que estuviese allí Lavalle, ni sus veinticinco hombres), aquél recula precipitadamente, entra y cierra con llave la puerta. Blanco, entonces hace apearse sus cuatro tiradores y descargar á la cerradura para hacerla saltar: al ruido venia Lavalle á la espresada puerta y al llegar á ella, dos balas que la atraviesan, le atraviesan tambien el pecho: huyen los nuestros, luego que dispararon, temiendo ser sentidos por la fuerza de extramuros sin sospechar el provecho de los tiros; huyen tambien los salvajes y un hombre quedaba tendido en aquella casa: este era el malogrado Lavalle. (2)

---

(1) Eran doce.

(2) Fué una sola bala de tercerola, que le dió en la horquilla del esternon descargada por José Bracho, soldado del regimiento «Escolta Libertad», y que por resolucion de noviembre de 1842 fué agraciado entre otras cosas, con el título de *benemérito en grado heroico!*

Al rato, volvieron diez de los suyos y lo llevaron en una carga de petacas. (1)

Por estos rumbos está todo pacífico y los gobiernos federales establecidos en Tucuman, general Gutierrez; Salta, Otero; Jujuy, Delegado Bárcena. El salvaje Cubas en Catamarca, si está, ya será presa del gobernador Balboa, y del coronel Maza, á quien envié con un batallon.

Esto mismo digo, con fecha de ayer, al Ilustre Restaurador y le pido órdenes sobre el ejército, por-

---

(1) Cuando el centinela corrió á dar cuenta al General de que habia enemigos, Lavalle que ya se habia sentado en el catre que descansaba, poniéndose una bota y con calma le dijo: *vaya no mas y que ensillen, porque nos hemos de abrir paso.*—En esa actitud lo dejó el soldado cuando se oyeron las detonaciones.—Los que allí se encontraban, creyendo que se trataba de un ataque de fuerzas superiores, salieron por los fondos de la casa á incorporarse á las tropas que estaban en la *Tablada*.

Impuesto el general Pedernera del funesto suceso, dió orden de ensillar y ponerse en movimiento hácia la quebrada de Humahuaca.—Todo fué con precipitacion.

Habian marchado algunas cuadras cuando alguien observó que no debia continuarse dejando abandonado el cuerpo del Jefe querido é inmediatamente Pedernera hizo hacer alto y despachó al teniente Lopez con diez hombres para que recogiese el cadáver. Este volvió al pueblo y levantó del zaguan donde estaba como tendido el cuerpo de Lavalle, y atravesándolo de espalda sobre una mula, regresó al campamento.

No está de mas agregar con este motivo, que el general Lavalle al ser herido no murió instantáneamente—se arrastró algunos pasos con las ansias del último momento sin duda tratando de cruzar el patio hácia su habitacion.

que á mi juicio, ya no tiene objeto, en los destinos que ocupa. — Hasta recibirlas vd. permanecerá en Cuyo y yo me mantendré en la campaña de Tucuman.



Sin otro objeto, me repito de vd. affmo. amigo y servidor—

MANUEL ORIBE.

---

---

## Documento patriótico

Que San Martín era un hombre astuto y de largas vistas, nadie lo ha puesto en duda; pero no así su cultura sobre la que se han dividido los pareceres. Nosotros creemos que la tenía, aunque resentida por su seriedad y una pereza quizá estudiada, que lo hacía antipático y algo brusco á primera impresion.

Si hubiera sido agrio y destemplado, la sociedad mendocina, donde mas vivió y donde le conocieron mas íntimamente, no le hubiera amado y, menos aún, contribuido á que realizase su empresa con el afán y el agrado que lo hizo.

Todos le ayudaron con desinterés, con entusiasmo, haciendo esfuerzos y manifestando un patriotismo que reflejaba el ardor y los sentimientos de la época, y que, bullentes en la capital, parecían tener mas resonancia en los extremos de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Se conocen muchos rasgos de los que en armoniosa competencia trabajaban con ahinco en pró de la emancipacion.

Con espíritus tan bien templados la tarea fué alentadora, y se hizo fácil, repartiéndose cada uno lo que era necesario proveer para el ejército, y á lo que todos dieron exacto cumplimiento.

El respetable vecino José Vicente Zapata se encargó de costear los zapatones para los que formaban el regimiento «Granaderos á caballo» y los entregó inmediatamente que le reclamaron; pero no contento con ello, dió aún mas, como se verá por la nota que publicamos y en que se revela modestamente todo el desprendimiento y decision del donante.

¡Era imposible que el pueblo argentino sucumbiese!

¡Tenia que vencer, darse libertad y emancipar medio continente, como lo hizo!

Si cae en la contienda, los «chapetones» hubieran echado sal sobre su vasto territorio.

Lo que pensaban é hicieron los nativos de la Capital, se sabe—los que entraron á la revolucion quemaron las naves y con la justificada tragedia de la Cruz Alta, lanzaron el reto mas audaz que puede arrojarse á la faz de los que se combaten.

Y durante diez años enviaron armas, dinero y elementos para contener á unos y destruir á otros—mandaron mas que eso—el soplo constante de la gran idea y la resolucion inquebrantable de sostenerla.

Lo que abnegadamente hicieron Salta, Tucuman y demas hermanas de la Union, tambien se conoce, pero no en detalle y recien van reuniéndose

los datos que harán ver á las generaciones que sigan que nuestra República fué una desde su cuna, y que todas aquellas, en la medida de sus fuerzas, han concurrido á fundar la nacionalidad.

Mendoza, sin embargo, es de 1814 á 17 algo como el cuartel general de operaciones y ella responde honrosamente á las esperanzas y á los anhelos de los demas pueblos argentinos.

Documentos como el que sigue lo prueban y donde hay ciudadanos como Zapata, no hay cadena bastante fuerte para sujetarlos.

Recomendamos su lectura, cuyo original está en el «Museo Histórico Nacional».

«Al señor gobernador intendente.—En contestacion al oficio de vd. fecha 9 del corriente en que me comunica ponga á su disposicion los tamangos que tengo á mi cargo para los «Granaderos á caballo», digo que con esta fecha doy orden al dependiente de don Juan Jurado, para que pase á casa de vd. á ver dónde gusta se pongan.

En el momento acabo de saber que por orden de vd. se han embargado las mulas de esta ciudad, por lo que creo trate de la expedicion sobre Chile ó en defensa de ésta. Yo considerando lo escaso de numerario que se hallan estas cajas, ofrezco á disposicion de vd. la cantidad de dos mil pesos para este fin, sin otro interés que cuando el Estado se halle en desahogo de la lucha que contra el tirano sostenemos, se me devuelva.

Espero la contestacion de vd. para ponerme en marcha á esa y verificar su entrega.

Igualmente dono en beneficio del Estado, doce novillos gordos, doce mulas y doce caballos, que es todo lo que ahora tengo en mis potreros, por hallarse fuera de ésta mis tropas.

Últimamente, viva vd. seguro que mi persona y bienes están prontos en servicio de la patria, pues deseo contribuir á la felicidad de tan justa causa. Dios guarde á vd. muchos años.—*José Vicente Zapata.*—Barriales y enero 11 de 1816 ».

¡Qué ejemplo tan digno! ¡Ojalá se imite en casos semejantes!

---

## El general Escalada



Don Antonio José de Escalada, fué uno de los criollos que se incorporaron al movimiento revolucionario de 1810. En su calidad de Canciller de la Real Audiencia, había asistido y formado en las filas de los reformistas en la reunion del 22 de mayo, y despues del nombramiento de la Junta, fué confinado á la frontera, por sus ideas liberales y exaltadas, en agosto del mismo año.

En junio de 1815, era de los recaudadores del dinero que ofrecieron los habitantes de Buenos Aires para pagar el armamento que vino con destino al ejército.—Vocal de la Junta de Observacion y de la Protectora de la libertad de imprenta en 1815 y 1816—Miembro de la Junta de Representantes, elejida en 1820—rico, honrado, respetable y enérgico, su casa fué uno de los centros patriotas de aquella época, hasta que la muerte lo arrebató el 16 de noviembre de 1821.

---

Hijo de él y de doña Tomasa de la Quintana, era Manuel de Escalada, que nació en Buenos Aires el 17 de junio de 1795.

Contaba diez y seis años cuando sentó plaza de Cadete en el regimiento de «Granaderos á caballo», que organizaba San Martín, según autorización conferida por el Directorio, en decreto de 16 de marzo de 1812.

El entusiasmo con que abrazó la carrera militar, su circunspección, honorabilidad y bizarría, le señalaron desde el principio como uno de los más distinguidos del regimiento, siendo ascendido con fecha 24 de setiembre á Alferez de la 1ª compañía del 1er. escuadrón y á Teniente en noviembre del mismo año.

En el cuartel del Retiro se disciplinaban y adiestraban en el manejo de las armas, cuando, ocho meses después, recibió orden de la Junta para marchar hácia el Norte el Primer escuadrón,—el 28 de enero de 1813—costeando el Río Paraná, para impedir el desembarco de unas tropas que sobre sus costas occidentales enviaba el gobernador de Montevideo don Gaspar Vigodet.

Seis días después se median sus armas con las del enemigo, en las barrancas de *San Lorenzo*; primer acción de guerra de San Martín en América y primer bautismo de fuego de los bravos Granaderos.

Es conocido el trance difícil en que se encontró el futuro Protector del Perú, cuando al frente del primer Cuerpo, fué derribado su caballo por el gol-

pe de una metralla, quedando en el suelo apretado por éste; como es sabido la abnegacion de Juan Bautista Cabral, entonces, que pagó con su vida la salvacion de San Martin.

En aquel momento de conflicto y de aturdimiento, el Coronel «herido, á pié, y un tanto desorientada su cabeza por el golpe del caballo, vé al alfez Escalada, su ayudante en comision y le grita: «Reuna vd. el regimiento y vayan á morir!» La prontitud y denuedo con que aquél ejecutó esta órden, contribuyó no poco al éxito de la jornada.

Con fecha 16 de junio de 1812 y atendiendo á su valerosa comportacion, el Triunvirato le confirió el grado de Ayudante Mayor.

Al finalizar el mismo año, se resolvió la creacion de otros dos escuadrones y el 4 de diciembre fué nombrado Capitan de la primera Compañia del Cuarto, marchando con él á engrosar las fuerzas que sostenian el sitio de Montevideo.

Seis meses tomó parte en el asedio de esa plaza, hasta su rendicion, formando entre sus vencedores condecorados con la medalla de plata acordada á los de su clase, que llevaba la siguiente inscripcion:—*La patria á los libertadores de Montevideo—junio 23 de 1814.*

---

El año de 1813 habia sido de angustias para la revolucion argentina en el límite Norte de su territorio. La segunda espedicion al Alto Perú habia sucumbido deshecha y sin aliento, en los campos

de *Vilcapugio* y *Ayohuma*, y, á no ser la retirada que sostuvo Dorrego; las empresas arriesgadas de La Madrid; la resistencia de Güemes y el movimiento á retaguardia de los patriotas Camargo, Padilla, Warnes y otros, el ejército realista se hubiera adueñado del país, haciendo infructuoso el sitio que sostenian una parte de nuestras tropas en Montevideo.

Nuestras armas vencidas, pero no dominadas despues de tres años de combates y de sacrificios en aquellos parajes, en los que nuestros soldados *parecian haber echado raices sobre la tierra que pisaban*, segun la espresion de Pezuela, se detuvieron en Tucuman, hasta fines de 1814, en que reorganizado el ejército y remontado con parte de los vencedores en *Montevideo*, abrió una nueva campaña bajo las órdenes del general Rondeau.

Iba, segun Mitre, «bajo tristes auspicios, sin plan ni actividad en sus movimientos, en entredicho con el Gobierno y con un jefe patriota y honrado, pero sin iniciativa, ni carácter».

En la frontera de la Patria, tuvo ya el primer descalabro en el *Tejar*; vencedores mas adelante, el 17 de abril, en el *Puesto del Marqués*, en donde Escalada mandó la reserva, siendo el primero que dió el grito de «viva la Patria!» al ser vencedoras nuestras armas, fué derrotada una columna el 20 de octubre en *Venta y Media*.

Continuando la marcha por algunos dias, llegaron al fin de sus desgracias, al llano de *Sipe-Sipe*, donde se dió la batalla que desbarató los planes de la

revolucion, que creia ver sus afanes satisfechos, venciendo á los realistas en las alti-planicies Bolivianas.

Aquella batalla, que decidió la suerte de nuestras armas en el Alto Perú, fué tenaz y sangrienta, siendo los «Granaderos á caballo» de Rojas y Necochea los que salvaron al ejército de una completa destruccion.

Escalada se halló como ayudante de campo de Rondeau y coadyuvó con sus esfuerzos en el escuadron del segundo á evitar una mayor desgracia pudiendo retirarse los restos de las tropas, aunque en desórden, hasta Tupiza, y de allí, obligados á continuar retrocediendo por la quebrada de Humahuaca, hasta reunirse, en Jujuy, con el refuerzo de 1,500 hombres que llevaba el general French, ya tarde, á un teatro que se negaba á favorecernos y en el cual dominarian aun diez años mas los realistas y el sistema colonial.

El ejército, hostilizado tambien por las montañas de Güemes, tuvo que pactar con su Jefe, retirándose desmoralizado y sin direccion (pues Rondeau habia renunciado) hácia Trancas, en donde el ilustre Belgrano, siempre abnegado y patriota, se recibiria de un cadáver.

Simultáneamente y con estos rudos golpes y cuando sus mas distinguidos soldados alentaban aun la idea de volver á esas rejiones que les fueran funestas, el Gobierno ordenaba la traslacion á Mendoza de los dos escuadrones de «Granaderos á caballo,» cuyas proezas eran ya proverbiales en la patria que se trataba de fundar.

En marzo de 1816 se reunió en Tucuman el Congreso que hizo la declaracion de nuestra independencia, y desde que se instaló, asumió la representacion del país, nombrando en su sesion del tres de mayo á don Juan Martin de Pueyrredon, Diputado por San Luis, como Director Supremo del Estado.

Sabida es la conferencia que en julio tuvo éste en Córdoba con San Martin de tránsito para Buenos Aires, y se sabe que allí contrajo el compromiso de apoyar el pensamiento que tenia ayudándolo con tropa, armas y dinero para llevar la guerra por el Pacífico á la capital del vireynato del Perú.

Consecuente con este propósito, en setiembre del mismo 1815, llegaban á Mendoza desde Buenos Aires los escuadrones Tercero y Cuarto con sus jefes Zapiola y Melian, y en abril de 1816 bajaban de Tucuman el Primero y Segundo, en uno de los cuales se encontraba el sargento mayor graduado don Manuel de Escalada.

---

Los contrastes sufridos en el Norte hicieron concebir á San Martin, entonces gobernador de Cuyo, la conveniencia que habria en llevar la guerra á Chile, para distraer de esa manera las fuerzas realistas del Perú y por considerar que aquel país estaba mas preparado para apoyar la idea revolucionaria, á causa de las persecuciones de que eran objeto los americanos, desde la batalla de *Rancagua*, en 1814, en que la Reconquista española se conso-

lidó de una manera al parecer duradera y sin resistencias.

Esto mismo pensaba el virey Pezuela, quien comprendiendo cuán difícil era á sus Generales avanzar mas allá de donde Güemes con sus gauchos le hacian muro, formó el plan de pasar tropas por las diversas rutas de la cordillera, aprovechando la anarquía de este país para desparramar sus fuerzas por todo el territorio y, enseñoreándose de Tucuman, tomar la retaguardia á los esforzados defensores de nuestra independencia.

San Martín anduvo mas rápidamente y demostró calidades que le colocan á la altura de los géneos militares mas notables que ha producido la humanidad.

Con fé inquebrantable, fija la mente en esa colosal empresa que iba á decidir los destinos de América, se dedicó con ahinco y entusiasmo á organizar el ejército que, atravesando en pocos dias las mas altas montañas del globo, venceria á los vencedores de *Bailen*, recuperando á Chile y dando libertad al Perú.

Mendozase convirtió en un campamento, y los ojos de toda la Nación estaban fijos en ella, como si en medio de las borrascas de la desgracia y de la anarquía, fuera la única esperanza para salvar la obra de seis años de guerras, sacrificios y miserias.

En el «Plumerillo» se organizaron los cuatro mil hombres que á principios de 1817, cruzaron la Cordillera, sirviendo de plantel, bajo el número 11, los Auxiliares Cordobeses que el 20 de marzo de 1814 se

habian batido en el *Membrillar* por la independencia de Chile, el número 8 de Garcia, el número 7 de Conde y los artilleros del sargento mayor don Pedro R. de la Plaza.

La antigua provincia de Cuyo fué la que concurrió con mas soldados á esta gran campaña y sus gobernantes prestaron tambien toda clase de ayuda á la empresa del general San Martin.

---

Disciplinadas y listas las fuerzas, hecho el plan y jurada la bandera, en enero de 1817, debieron estremecerse las montañas al paso de tantos héroes, entre los que formaban los «Granaderos á caballo.»

El silencio de sus alturas y el rumor de sus abismos, fueron interrumpidos por la marcha de esos bravos que iban fuera de la Patria á luchar contra el opresor, volviendo, unos pocos, llenos de gloria, y quedando los mas muertos en holocausto de ese sentimiento purísimo y grandioso de patria y libertad.

---

El 12 de febrero de 1817 tuvo lugar la famosa batalla de *Chacabuco*, en donde se laurearon nuestras armas, y en las que el mayor Escalada, como ayudante del General en jefe, mereció que su nombre apareciera en el parte de ella por haber ejecutado satisfactoriamente sus órdenes y «haberse batido á su lado en la carga que con tan buen éxito llevó sobre la caballería enemiga, destruyéndola cuando ponía en peligro la victoria que ya se

diseñaba.» Esta conducta le valió el grado de Comandante, que le fué conferido con fecha 24 de marzo, obteniendo tambien una medalla de oro que decretó el gobierno Argentino, con la siguiente inscripcion: «*La Patria á los vencedores de los Andes*», y en la orla: «*Chile restaurado por el valor en Chacabuco*», y la declaracion de «heroico defensor de la Nacion».

---

*Chacabuco* fué un rayo de esperanza en medio de la tristeza de los pueblos y cúpole á Escalada el honor de conducir á la Capital el parte de la batalla y las banderas realistas que en ella se tomaron.

Cruzó en menos de cuarenta y ocho horas las noventa leguas de cordillera que hay de la famosa cuesta á Mendoza, y llevando la grata nueva por las poblaciones que atravesaba, llegó á Buenos Aires catorce dias despues á las tres de la tarde para presentar los trofeos al gobierno de la República y regresó nuevamente á Chile.

Con la derrota del ejército peninsular en *Chacabuco*, y fuga y captura del Presidente Marcó del Pont, no estaba terminada la campaña, pues aun habia elementos poderosos de resistencia en el Sud, donde Jefes aguerridos y prácticos debian alargar la contienda por algunos años.

Apenas pasados los primeros dias, despues de la entrada del ejército con Santiago y organizacion de sus autoridades, el coronel Las Heras recibió orden de avanzar hácia la guerrera provincia de Concep-

cion, con su batallón y los escuadrones Tercero y Cuarto de «Granaderos á caballo» que mandaban los comandantes don Manuel Medina y don Manuel de Escalada, que habia sucedido en este último al bizarro don Mariano Necochea.

Llegaron hasta las murallas de *Talcahuano*, poniendo sitio á aquella plaza que durante mucho tiempo permaneció inexpugnable.

El General en jefe habia ordenado al comandante Medina que con ochenta y seis Granaderos cortase una partida que se aproximaba á Concepcion.

Hallándose Medina en las inmediaciones de *Talcahuano*, resultó que los enemigos habian ganado ya las fortificaciones. Dispuso entonces que el comandante Escalada avanzara con una partida de 25 Granaderos hasta incomodarlos en sus baterías, lo que éste consiguió, arrebatando tambien á los españoles, los animales que custodiaban bajo tiro de fusil, del Castillo del Cura.

Retirábase Escalada, con solo diez hombres, por haber empleado los restantes de la partida en reunir los caballos y vacas, cuando repentinamente se encontró con 80 soldados de caballería enemiga que regresaban de *Gualpen*. Tuvo que emprender un nuevo combate, y á pesar de ser atacado por un número ocho veces mayor, resistió con denuedo, consiguiendo posesionarse de una altura inmediata, hasta que llegaron refuerzos.

Entonces los enemigos fueron cargados y acuchillados, dejando tres prisioneros y nueve ó diez muertos; entre ellos un oficial.

Los patriotas sufrieron varias pérdidas de poca importancia.

Estando al frente de las fortalezas y á fin de formar su plan de ataque, el Director O'Higgins ordenó al Jefe de día, coronel don Juan Gregorio de las Heras, que con los escuadrones Tercero y Cuarto, y cuarenta dragones de la Division de frontera al mando del teniente coronel don Ramon Freire diesen, al romper el alba, sobre los puestos avanzados del enemigo.

El éxito de la sorpresa fué completo.

Una avanzada de veinte hombres, situada casi encima de los fosos, fué envuelta y pasada á sable, escapando únicamente con vida tres soldados y un prisionero.

Este suceso fué advertido por las baterías de la plaza, que rompieron un fuego vivísimo sobre los patriotas.

El Director, que llegaba en ese momento con el mayor de ingenieros Arcos, ordenó que cuarenta Granaderos en dispersion provocasen nuevamente al enemigo acercándose á su línea fortificada para conocer el alcance de sus fuegos. Aquellos valientes penetraron hasta tiro de fusil, cuando empezó á tronar el cañon, sin que felizmente produjese daños, saliendo ilesos de esa prueba, dirigida por el comandante Escalada.

El general San Martin, en su oficio al Gobierno, dice: «que la operacion fue ejecutada con tanto valor como acierto.»

---

Tratábase de dar una sorpresa.

Los españoles, encerrados en Talcahuano, hacian diariamente salir veinte y cinco ó treinta hombres á practicar la descubierta.

Estos acostumbraban llegar hasta el punto denominado «los Perales».

En la noche del 9 de setiembre marchó el teniente coronel don Ramon Freire, con ciento y tantos hombres de los escuadrones de «Granaderos á caballo», á las órdenes del comandante don Manuel de Escalada, situándose en los médanos de San Vicente, sobre los fuegos de la línea enemiga. Allí esperaron la salida de su caballería, para atacarlo por retaguardia y cortarle la retirada de la plaza. La niebla, que cubria generalmente al amanecer, debia contribuir al éxito. En efecto, á la hora acostumbrada salieron veinte y cinco hombres con un Oficial. Fueron inmediatamente cortados, y el teniente José Félix Bogado marchó trás de ellos con veinte de tropa, mientras el teniente coronel Freire pasaba á situarse detrás de las casas de Manzano, consiguiendo el abrigo de la misma niebla, ejecutar este movimiento sin ser visto ni sentido.

Una hora despues salió otra partida de treinta hombres, mandada por un Capitan, la que, marchando por la puntilla del Cerro de Manzano, tomó el camino de la loma. El comandante Escalada subió entonces al Cerro con la mitad de su fuerza y los atacó de frente, mientras que el comandante Freire corrió por el camino de abajo á doblar la puntilla y tomarles la retaguardia. Solo un sol-

dao escapó. El Capitan quedó herido en poder de los patriotas; se hicieron diez y siete prisioneros y el resto de la partida quedó muerta sobre el campo. El parte dice así: «la plaza rompió entonces un vivo cañoneo, que á nuestros soldados no sabe intimidar y que fué de ningun efecto, pues no tuvimos un solo herido. Los Granaderos desplegaron en esta ocasion como en todas las demás que se les presentan, el arrojo y valor que los caracteriza».

El resultado definitivo fué que el enemigo perdiese cincuenta hombres con todo su armamento; se les arrebataron tambien algunos caballos, pérdida que, atenta su situacion, era de consecuencia pues ella contituia por entonces toda su fuerza de caballería.

Hallábanse ya á mediados de octubre de 1817, cuando el general Brayer, á la sazón Director de las operaciones del sitio sobre Talcahuano, salió una madrugada con el objeto de reconocer las avanzadas, y observó que una partida de caballería se dirigia sobre las Vegas de Betancur, con la intencion de arrebatár los caballos que los Granaderos tenían paciendo allí. Comprendiendo que era necesario obrar con celeridad, envió uno de sus ayudantes para que se dirigiese con el tercero y el cuarto escuadron sobre Chepe.

El movimiento fué ejecutado con prontitud por el celo con que cumplió la órden el Sargento que custodiaba la caballada.

El general Brayer ordenó que una partida de

cincuenta ginetes marchase por el camino de Gualpen, con objeto de entretener al enemigo, que se retiraba por él, pero recomendando no empeñase accion mientras que con el resto de la caballería el mismo General en persona se dirigia por el Cerro de los Perales.

Entrando en la casa de Manzano, dice la nota: « vi que el enemigo se apoyaba en el Cerro. Di « órden á los escuadrones de «Granaderos á caballo» « de partir á galope en su alcance á fin de cortar- « les la retirada, lo que se ejecutó por la vanguar- « dia, mandada por el valiente comandante don Ma- « nuel de Escalada, quien vino á las manos con el « enemigo, cargándolo y acuchillándolo hasta arrin- « conarlo sobre las palizadas del Cerro. Su pér- « dida ha sido de doce muertos y el resto heridos « en su mayor parte.....

«Yo puedo asegurar á V. E. que en esta pequeña « accion me he convencido que no hay punto im- « penetrable cuando se marcha con los «Granade- « ros á caballo». De la bravura de estos es un dig- « no ejemplo el comandante don Manual de Esca- « calada».

Así se espresaba el general Brayer, que era un frances arrogante y vano, cuyos servicios y merecimientos, á las órdenes del gran Bonaparte, le hicieron despreciar, en los primeros tiempos, á nuestros pobres, pero heróicos soldados, que, sin táctica, sin armas, sin disciplina, comenzaban á tomar por hábito el derrotar á los ejércitos europeos.

Mas adelante fué necesario practicar un arriesgado reconocimiento sobre las baterías enemigas.

Como se murmurase en el ejército que, á título de cuñado de San Martin, Escalada no tenia ocasion de exponerse, éste quiso dar otra prueba mas de su valor y patriotismo, por lo que pidió y obtuvo le fuera confiada tan difícil comision.

Empresa tan delicada, la ejecutó con solo diez Granaderos.

Apenas vió el enemigo sus movimientos, las murallas de Talcahuano vomitaron metralla de una manera horrorosa en medio de la algazara de sus defensores.

Escalada, mientras tanto, impertérrito, al frente de sus soldados, de gran parada, mandó echar sable al hombro y carabina á la espalda al son de clarines y caja.

Avanzó impávido entre el asombro de sus compañeros y enemigos, hasta los fosos; dió orden de regresar á paso reposado y en formacion, colocándose él á retaguardia y fué recibido con aplausos y victoreado por todo el ejército.

---

Habian corrido ya mas de nueve meses desde que las fuerzas enviadas al Sud operaban en aquel teatro, sin obtener resultados provechosos, hasta que al fin se decidió dar un asalto á la plaza.

Dos planes se presentaban para llevar ese ataque: el del Director O'Higgins, que se hallaba en aquellos dias entre las fuerzas sitiadoras, y el del gene-

ral Brayer, que desempeñaba las funciones de Mayor General del ejército.

A pesar de que el primero era un conocedor del terreno y de los elementos, fué aceptado el del segundo, por consideracion al rango que habia tenido en las legiones napoleónicas, el cual, al decir de Lopez (Vicente Fidel), «queria una operacion definitiva ejecutada con un solo esfuerzo, aunque fuera gigantesco».

Los escuadrones de «Granaderos á caballo», bajo las órdenes del comandante Freire, fueron colocados á retaguardia de la Division del centro, que mandaba el coronel Conde, y á pesar de haberse batido como solo ellos sabian hacerlo, el rechazo fué fatal.

Escalada concurrió á ese combate al frente de su escuadron, y con él sufrió la mala fortuna.

---

En aquellos momentos llegaba á Talcahuano un refuerzo de mas de tres mil soldados, que enviaba el virey del Perú, á las órdenes del general Osorio

Con tan poderoso auxilio, los españoles se determinaron á tomar la ofensiva, y el general San Martin comprendió que debia reunir sus elementos para afrontar tan impetuosa invasion, y ordenó que el ejército del Sud se retirase de Concepcion.

Doloroso era este retroceso, por el efecto moral que produjo en las poblaciones y en las filas del

ejército, pero el general San Martín decía en nota de 20 de enero de 1818 á O'Higgins:

«Nada nos importa perder algunas leguas de terreno, como luego tengamos seguridad de ocuparlo de un modo sólido. Reconcentracion de fuerzas, y somos invencibles».

Inmediatamente comenzó la retirada del ejército hácia la Capital, deteniéndose al norte de Talca para reunirse en Tinguiricó, pero dejando á los «Granaderos á caballo» en la márgen derecha del Maule (posicion que despues abandonaron) para vigilar las tropas peninsulares, que avanzaban confiadas en su nuevo Jefe.

Este se encerró en Talca y, siendo su situacion desesperada, decidióse á hacer un esfuerzo supremo, como lo efectuó el 19 de marzo sobre *Cancha Rayada*, donde, despues de una reñida batalla, la suerte de las armas quedó indecisa á causa de la noche, que envolvió á los combatientes. Los españoles, sin embargo, repuestos y organizados, cayeron por sorpresa sobre el ejército patriota, y en aquella *ingrata noche*, la emancipacion americana hubo de naufragar en manos del mas hábil piloto que tuvo en el Continente.

Destruida aquella brillante columna, de mas de seis mil hombres, por faltas en los subalternos, y por la audacia del enemigo, mas de la mitad fué salvada por el benemérito coronel don Juan Gregorio de las Heras, sirviéndole de plantel su batallon llamado los *Leones del 11* y los «Granaderos á caballo».

Rehecho el ejército, pocos días después, no había en su masa sino una idea: volver por el honor argentino y vengarse de la traidora victoria.

En efecto, el día anhelado llegó, y fué el 5 de abril de 1818 y en el llano de *Maipú*, donde se lavó el agravio y se recuperó á Chile.

Toda la infantería fué puesta bajo las órdenes del brigadier general Balcarce: la derecha, al mando de las Heras; la izquierda, de Alvarado. El coronel don Hilarion de la Quintana, mandaba la reserva. La caballería de la derecha, el coronel Zapiola con sus Granaderos y la de la izquierda, el coronel Freire, con los escuadrones de la Escolta del Director de Chile y los «Cazadores á caballo» de los Andes.

La línea del ejército patriota, formada en columnas cerradas y paralelas, se inclinaba sobre la derecha del enemigo, presentando un ataque oblicuo sobre este flanco que tenía descubierto.

La reserva, formada también á retaguardia sobre el mismo, estaba en aptitud de envolverlo y sostener la derecha. Una batería de ocho piezas, de Chile, mandada por el comandante Blanco Encalada, y otra de cuatro, por el comandante Plaza, principiaron á cañonear la posición enemiga.

«En esta disposición, dice el parte del general  
« San Martín, se descolgaron nuestras columnas  
« al borde de la pequeña colina que formaba nues-  
« tra posición para marchar á la carga y arma al  
« brazo sobre la línea enemiga. Esta rompió en-  
« tonces un fuego horrendo; pero esto no detenía

« la marcha: su batería, de flanco en el Cerrito C.,  
« nos hacía mucho daño. En el mismo instante  
« un grueso trozo de caballería enemiga, situada  
« en el intervalo C. B., se vino á la carga sobre  
« los «Granaderos á caballo», que formados en co-  
« lumnas por escuadrones, avanzaban siempre de  
« frente. *El escuadron de la cabeza lo mandaba*  
« *el comandante Escalada; que verse amenazado del*  
« *enemigo é irse sobre él sable en mano, fué obra de*  
« *un instante.*

« El comandante Medina sigue este movimiento,  
« dejando á su derecha el Cerro, pasan persiguien-  
« do á la caballería enemiga, que se replegaba so-  
« bre la colina B. Aquí fué reforzada considera-  
« blemente y rechazó á los escuadrones, que vinie-  
« ron á rehacerse sobre el coronel Zapiola, que sos-  
« tenía con firmeza estos movimientos; todos vuel-  
« ven nuevamente á la carga, hasta que el enemigo  
« fué por último deshecho en esta parte y perse-  
« guido ».

La batalla fué larga y sangrienta, pero aniquilado y deshecho el ejército español, solo escaparon como doscientos hombres de caballería, con el general Osorio, para atestiguar á sus superiores que realmente la independendencia de esta parte de América quedaba asegurada.

Pronunciada ya la victoria, San Martin hizo venir del campo de batalla al comandante Escalada, que aun estaba ocupado en la persecucion de los vencidos, y ordenó que se preparase para marchar in-

mediatamente á Buenos Aires conduciendo algunas tropas y el primer parte del suceso.

Esa misma noche se puso en viaje, cruzó la cordillera y la pampa solitaria y peligrosa, llegando el 16 de abril, es decir, atravesando en doce dias la enorme distancia de trescientas treinta leguas, que separa aquel sitio memorable de esta Capital.

El comandante Escalada entró á Buenos Aires dirigiéndose al Fuerte, donde estaba el Director Pueyrredon, quien, anegado en lágrimas, leyó el parte que se le presentaba. Las campanas echadas á vuelo y la artillería, anunciaron el fausto acontecimiento: el pueblo, arrebatado por los mayores trasportes de entusiasmo, en breves momentos llenó la casa de Gobierno, las dos plazas y calles inmediatas, á término que con gran trabajo y sumo esfuerzo consiguió llegar Escalada hasta su casa paterna.

*La Gaceta* de aquellos dias, despues de insertar el parte, detalla así aquella manifestacion: «Hasta  
« ahora todos nuestros triunfos han sido consigui-  
« dos cuando una derrota habia puesto en el mas  
« terrible riesgo nuestra libertad. La victoria de  
« *Maipú* se distingue de todas las restantes; les  
« hemos quitado con ella á los españoles hasta las  
« esperanzas; les hemos probado que ya sabemos  
« hacer buen uso de la prosperidad y que con es-  
« fuerzos comunes, aunque heróicos, contraresta-  
« mos sus esfuerzos desesperados.

« Tales han sido los sentimientos de todos los  
« patriotas, en los momentos de recibir la alegre  
« nueva de que el ejército de Lima habia sido com-  
« pletamente derrotado en los llanos de *Maipú*.  
« Los que no han sido testigos de los trasportes de  
« nuestro gozo no se pueden formar una idea de él.  
« Los que han tenido la dicha de sentirlos, juzga-  
« rían débil toda pintura: el regocijo público ha  
« sido superior á todo encarecimiento.—Ya tene-  
« mos patria! se decian unos á otros arrojándose  
« en los brazos indistintamente del que se hallaba  
« mas inmediato para recibir esta demostracion con  
« la misma ternura,—Ya tenemos patria! esto es,  
« ya la tenemos consolidada; ya tenemos el térmi-  
« mino de nuestros sacrificios, ya podremos disfru-  
« tar de unos bienes que creíamos reservados á  
« nuestros hijos, sin que nos agite la idea melan-  
« cólica de que pudiéramos perder el fruto de tan-  
« tos trabajos y tanta sangre».

Por estas líneas puede calcularse cuál seria el júbilo de esta ciudad, á la llegada de la gran noticia y cuántas felicitaciones recibiría el bravo Comandante, tema, durante esos dias, de las conversaciones sociales y héroe que encarnaba toda la gloria y toda la satisfaccion nacional.

El comandante Escalada fué ascendido en esta ocasion á Coronel graduado, siendo condecorado con los cordones decretados por el gobierno argentino y el renombre de *benemérito de la patria en grado heróico*. Obtuvo además una medalla de oro, dada

por el gobierno de Chile, y la de la Legion de mérito del mismo país. (1)

Apenas terminada la batalla de *Maipú*, el coro-

(1) « *Mi estimado compatriota:*

« Voy á contestar á su favorecida fecha 22 del corriente, « narrando lacónica, pero veridicamente los hechos:

« Usted me pregunta si es ó no cierto que el dia 6 de « abril de 1818, cuando pasaba por la plaza de Mendoza « trayendo la noticia de *Maipú*, recibí orden de detenerme « dos horas por las quintas de las afueras, para evitar « que tan gran nueva suspendiera el fusilamiento de los « Carrera».

« Ni recibí tal orden de autoridad alguna de Mendoza, ni « le habría dado cumplimiento, tanto por el objeto de « ella, cuanto por ser contraria á otra orden superior « para mí: la del General en jefe don José de San « Martín.

« Los hechos pasaron de la manera siguiente:—declarada « la victoria por las armas de la patria, dispuso el gene- « ral San Martín que se me buscara en el campo de bata- « lla, si es que había salido con vida.

« Me presenté ante el General, que estaba rodeado de « un considerable número de jefes y oficiales prisioneros « á quienes trataba con la mayor afabilidad, infundiendo- « les confianza y expresándoles que despues del triunfo, « ya no reconocia enemigos.

« Entonces me entregó el parte de la batalla, (1) orde-

(1) El parte que condujo el general Escalada está original en el Archivo nacional y dice así:

« Exemo. Señor: Nada existe del ejército enemigo; el que no ha sido muerto, es prisio- « nero. Artillería, ciento sesenta oficiales, todos sus generales, excepto Osorio, están « en nuestro poder; yo espero que este último me lo traigan hoy: La acción del 19 ha « sido reemplazada con usura: en una palabra, ya no hay enemigos en Chile.

« Dios guarde á V. E. muchos años. Cuartel general en el campo de « Maipú, » abril « 5 de 1818.

nel Zapiola tuvo orden de marchar hácia el Sud en persecucion de Osorio á fin de tomar las fuerzas

« nándome fuese el portador y que luego me pusiera en  
« marcha.

« Ya con el pié en el estribo me dirigió las siguientes  
« palabras que se han grabado en mi mente como todos  
« los principales episodios de esa jornada.—Al pasar por  
« Mendoza dile á Luzuriaga (que era el gobernador),  
« que ponga en libertad á los Carrera, y si quieren venir  
« á Chile, que vengan, pues no hay inconveniente.

« Cuando bajé de la cordillera, las mulas estaban talmen-  
« te cansadas, que fué preciso abandonarlas y hacer á  
« pié la legua y media ó dos leguas que faltaban para  
« llegar á la ciudad.

« Sin detenerme me dirigí á la plaza donde el pueblo se  
« agrupó loco de entusiasmo. Al hablar con el goberna-  
« dor Luzuriaga, despues de participarle la feliz nueva,  
« le trasmítela prevencion del general San Martin sobre  
« los Carrera; pero entonces, mostrándome unas horcas  
« que aun habia en la plaza, me dijo:—*Ya es tarde, señor*  
« *Comandante; hace horas que los Carrera han sido ba-*  
« *jados de esas horcas.*

« La noticia del triunfo no pudo obtenerse en Mendoza  
« sino por mi conducto; pues salí del campo de batalla  
« el mismo dia de la accion, como á la oracion y no per-  
« dí un momento en la marcha. Repito que no recibí  
« orden de detenerme en las quintas y que no la habria  
« cumplido. Mi deber como militar, era obedecer á mi  
« General, y como hombre evitar el derramamiento de  
« sangre, sobre todo en un dia tan grande para la patria.

« Ante ella, cuyo honor debe interesar á todo argentino  
« y ante el cielo que me escucha, protesto que el prece-  
« dente relato es exacto en todas sus partes.

« Dejando así contestada la carta, me complazco en sus-  
« cribirme su att. y S. S.

MANUEL DE ESCALADA.

realistas, que merodeaban dispersas por aquellos territorios.

Con ella se daba comienzo á la campaña que se ha llamado de *Bio-Bio*.

Poco despues se movia todo el ejército bajo la direccion del general Balcarce.

Mandaba las fuerzas enemigas el coronel Sánchez, que, aunque sin capacidad ni ciencia militar, era un conocedor del teatro que iba á servir de operaciones.

El coronel Escalada, apenas repuesto de las fatigas de su viaje, volvió nuevamente á Chile, en noviembre de 1818, reemplazando á Zapiola como Jefe del regimiento «Granaderos á caballo», en el pueblo del *Parral*, que debia ser inmortalizado por el valiente capitán Cajaraville.

El nuevo Jefe conservó su antiguo lustre al Cuerpo,—el que no tardó en recoger laureles,—contribuyendo á tomar á viva fuerza la ciudad de los Angeles el 18 de enero de 1819 y al reñido combate que se libró al dia siguiente sobre las márgenes del *Bio-Bio*.

En este último atacó y dispersó con su regimiento á la caballería enemiga, perdiendo á su lado uno de sus Ayudantes, arrebatado por una bala de cañon.

El general Balcarce hace referencia á él en el parte siguiente, fechado en los Angeles: «El regimiento de «Granaderos á caballo» dió alcance al «enemigo cuando verificó la retirada de este punto..... Me ha merecido el mayor aprecio

« la eficacia con que el coronel don Manuel de Es-  
« calada practicó su marcha andando sin cesar mas  
« de catorce leguas, hasta que logró caer sobre el  
« enemigo.

Y el coronel Alvarado participaba á aquel Jefe con fecha 19 de enero de 1819: «En ese mismo mo-  
« mento bajó á la playa el señor coronel de Gra-  
« naderos don Manuel de Escalada con su regimien-  
« to, que concluyó completamente con los enemi-  
« gos que por allí corrian y aun iban entrando al  
« *Bio-Bio* para atravesarle».

La carga llevada sobre las fuerzas españolas fué irresistible y «la oportuna irrupcion del regimiento  
« de «Granaderos á caballo» llevando delante de sí  
« el estrago y la muerte, obligó á aquellos á precipi-  
« tarse al agua en gran confusion, donde encontra-  
« ron su tumba multitud de ellos».

Los coroneles Alvarado, Escalada y demás Jefes y Oficiales nada omitieron para consolar las familias que acompañaban al enemigo y para que fuesen respetadas aquellas víctimas inocentes de la libertad de un pueblo hermano.

El ejército patriota continuó marchando hácia el Sud, no sin grandes dificultades y refriegas, atravesó el *Bio-Bio* y ocupó el pueblo de Nacimiento, dando por terminada esta campaña, que habia deshecho los últimos restos del enemigo en Chile.

El coronel Escalada regresó á Mendoza, en mayo del mismo año, con su regimiento, formando en la parada que tuvo lugar el 24 de ese mes en aquella

ciudad para jurar la Constitucion, que sería tan estéril en sus resultados.

Pocos dias despues continuó su viaje á Buenos Aires, dejando un vacío en el Cuerpo de su mando, que organizado mas adelante por Necochea, llevaria el honor de nuestras armas hasta el Ecuador.

Con fecha 3 de diciembre le fué concedido su retiro á inválidos que pidió por los achaques contraidos en el servicio, entregándose á la tranquilidad de la vida doméstica y sin intencion por entonces de volver á las penurias y movilidad de la vida militar.

Pero los sucesos del año XX le volvieron á la accion y tomó parte en ellos como Jefe del regimiento de «Quinteros», saliendo á campaña, en la que guarneció algunos pueblos, hasta la terminacion de la guerra con los gobiernos del Litoral.

---

Vivia retirado desde esa fecha, cuando el levantamiento del coronel Solas en Entre Rios, en 1826, le obligó á prestar nuevos servicios reclamados por el Presidente Rivadavia que como tal, *intervino* por primera vez, comisionando al coronel Escalada, para que fuese á arreglar un asunto que se hacia delicado por la actividad con que obraban sus actores.

Apenas llegó al Paraná, parece que consiguió poner de acuerdo á los rivales; el gobernador electo Lopez, renunció á toda pretension al puesto y fué restablecido en él el coronel Solas, á condicion de

que dimitiese ante la Legislatura Provincial, como sucedió, nombrando ésta al comandante Zapata, con lo que quedó terminada la cuestion.

---

La guerra con el Imperio del Brasil se sostenia desde el año 1825 y Escalada fué enviado en comision para presidir la sucursal del Banco de Buenos Aires en la Concepcion del Uruguay.

En marzo de 1826 se creó el regimiento 3º de caballería de línea, y llamado el coronel Escalada al servicio, tomó el mando de dicho Cuerpo, saliendo á campaña en mayo á incorporarse al ejército de operaciones que se formó en la costa del Uruguay.

El general don Martin Rodriguez, que era el Jefe de esas fuerzas, lo envió poco despues á Buenos Aires desde el cuartel general en el «Yí»: «á objeto dice « en una nota de fecha 13 de agosto, de que el « señor coronel Escalada vaya á esa Capital á es- « plorar el aspecto que presentan los negocios po- « líticos en esta, con conocimiento de ellos, para « hacer una manifestacion al señor Ministro para « su inteligencia».

En ese intervalo se nombraba para reemplazar á Rodriguez al general Alvear, pidiendo nuestro distinguido guerrero su baja del ejército, la que le fué concedida con fecha 30 de setiembre del mismo año.

Varios combates, y por último la batalla de *Ituzaingó* si bien fueron felices para las armas repu-

blicanas, no daban término á sus esfuerzos, resolviéndose entonces por el Gobierno llevar las hostilidades sobre los pueblos brasileros de Misiones, para lo que se comisionó al general Rivera.

En julio de 1828 se ordenó á Escalada que marchase en calidad de Jefe del Estado Mayor de ese ejército, que pudo obtener resultados brillantes, si la resolucion de formarlo no hubiera sido tardía, cuando ya se negociaba una paz impuesta por la carencia de elementos y por la anarquía que se entronizaba en las filas de los mismos que combatian en el extranjero por el honor argentino.

En Itaquí se reunieron los contingentes enviados por el gobernador de Santa Fé, los que se organizaron en la costa del arroyo Itú bajo la direccion de Escalada, que *trabajaba activamente y con la inteligencia que le es característica*, dice un testigo.

Pero Rivera no era un militar de escuela, ni se amoldaba á una guerra regular: era un montonero, engreido, desconfiado y revoltoso, al revés del que educado con San Martin, no conocia mas interes que el bien general, ni tenia mas ambicion que el cumplimiento del deber.

Entonces comisionó á Escalada para que fuera á comunicar al nuevo Gobierno, á cuyo frente estaba Rondeau, su completa sumision, lo que era de importancia en aquellos momentos, pues, se creia que este caudillejo, ensoberbecido, renovára conflictos en su país, como en efecto sucedió.

Despues de una corta permanencia en Montevi-

deo, el coronel Escalada pasó á Buenos Aires, donde se habian desarrollado sérios sucesos en su ausencia.

---

El 1º de diciembre de 1828 se sublevaron parte de las fuerzas que acababan de regresar victoriosas de la campaña en la Banda Oriental.

Afrontando la responsabilidad de hecho tan injustificable aparecia el general Lavalle dando por pretesto unas elecciones que se dijo habian sido falsificadas por el Gobierno y el cansancio que tenian los pueblos de que se hallase al frente el coronel Dorrego.

Producido el movimiento, el jefe del Estado salió á la campaña para reunir fuerzas con que ahogarlo.

Por su parte los amotinados se prepararon tambien para resistir, y una vez establecido el Gobierno provisorio, Lavalle marchó sobre las fuerzas del coronel Dorrego, derrotándolo en los campos de *Navarro*, que habian de mancharse con la sangre de una víctima ilustre.

El comandante don Juan Manuel Rosas, replegado hácia el norte de la Provincia y unido al gobernador Lopez, de Santa Fé, volvió nuevamente sobre los revolucionarios, quienes sufrieron un contraste en el *Puente de Márquez* el 26 de abril de 1829, firmándose en seguida la Convencion del 24 de junio que puso fin á las hostilidades y llevó al gobierno al general don Juan José Viamonte.

En esa convencion, que parecia cerrar el período de agitacion y guerra civil que nos envolvia, tomó parte activa el coronel Escalada, quien hasta entonces permaneció ajeno á la contienda, siguiendo su programa de abstencion en todo lo que no era de carácter nacional.

El gobernador Viamonte le nombró su Ministro de la guerra, cargo que desempeñó hasta el 8 de diciembre, dia en que aquél dejara ese puesto para dar entrada á Rosas.

Desde entonces permaneció en su casa durante toda la época de la dictadura. Colgó su espada y asistió como simple espectador al drama sangriento que se desarrolló por veinte años.

En 1845, la necesidad le obligó á poner un almacén de comestibles en el partido del Pilar, permiso que le fué concedido con *calidad precisa de que no podria ser administrado, ni servido por salvajes unitarios.*

El tirano le respetó en su retiro voluntario, y al dia siguiente de *Caseros* fué llamado á la escena pública, para ejercer el Ministerio de la Guerra en la Administracion del doctor don Vicente Lopez; mas tarde formó en la Junta de guerra, desempeñando despues la Comandancia General de Marina y la Capitanía del Puerto cuando el primer sitio de esta ciudad en 1853.

En setiembre de 1854 fué elevado al rango de General por la Legislatura de Buenos Aires y en 28 de mayo le llamó á ocupar el Ministerio de la Guerra y Marina el gobernador don Pastor Obliga-

do, cargo en que estuvo hasta 1857, ejerciendo el Gobierno delegado con su colega de Hacienda, desde marzo á mayo de 1855, mientras duró la ausencia del Gobernador que salió á visitar los Departamentos.

Por decreto de 19 de junio de 1857, fué nombrado General en jefe de la frontera Sud en momentos de terror, por los malones de los indios, en cuyo carácter celebró un tratado de paz con el cacique Catriel, que contribuyó á detener las invasiones de que era víctima la campaña.

Vuelto de ella, se halló mezclado, involuntariamente, en las agitaciones políticas que por entonces se suscitaban, saliendo emigrado á Montevideo, de donde pasó á la provincia de Entre-Rios.

El Senado nacional prestó su acuerdo por aclamacion para que fuese reconocido en el grado de General, é incorporado al ejército de Urquiza vino á la campaña de *Cepeda*, sin tomar parte activa en la batalla, hasta que el pacto de 11 de noviembre de 1859, le volvió al seno de su familia, alejándose desde entonces de la escena pública.

Fué en esa época de su vida que alcanzamos á conocerle.

Era de elevada talla, de aspecto severo é imponente, aunque de modales desenvueltos y conversacion amena. Blanco, ojos negros, nariz aguileña, pelo crespo y un pequeño bigote completaban su fisonomía.

La constante dedicacion al servicio público, en largas y fatigosas campañas, desarrolló en él, desde

temprano, el gérmen de la enfermedad que lo llevó al sepulcro.

En la mañana del 13 de diciembre de 1871, á los 76 años de edad y 60 de consagracion á la Patria, falleció en Buenos Aires el virtuoso general Escalada, idolatrado de su esposa é hijos, vivamente sentido por los compañeros de glorias y sacrificios, que le sobrevivieron, y llevando á la tumba la aprobacion de los buenos, la gratitud de sus conciudadanos y la conciencia de haber cumplido honradamente su mision en la tierra.

« El general Escalada, dice un historiador, pertenecía á esa juventud ardorosa que á la voz mágica de *Patria y Libertad*, abandonó gustoso las aulas y las comodidades de la vida, para empuñar la espada vengadora, que no debía colgarse mientras no se expulsara al mismo opresor extranjero que desde Anahuac hasta la Patagonia helada, hacian de la América un sangriento campo de batalla y un inmenso osario. Creado en los campamentos, familiarizado con los peligros de la guerra y formado en una escuela rígida que desarrolló las dotes que como guerrero y como patriota habia traído al nacer, hermanaba al temple de un soldado la experiencia de un militar, para educar Oficiales que inspirasen confianza á sus subordinados y respeto á la Ordenanza».

---

---

## Ultimos dias de Ibarra



En presencia de ciertos hechos casuales y de gran trascendencia en la vida de los pueblos, inclínase uno á creer que las largas y estériles dominaciones que ejercen sobre ellos ciertos hombres están ya marcadas por el inexorable destino.

Esta reflexion nos sobreviene cuando pensamos en don Juan Felipe Ibarra, el Gobernador de seis lustros en la provincia de Santiago del Estero.

Residia en Córdoba, cuando el grito de *Mayo* le sorprendió con los libros de teología en la mano,— los mismos que quizá manejó el doctor Francia veinte años antes y con quien tiene algo de semejante por la tiranía patriarcal que ha ejercido, su duracion, homojeneidad de pueblos, costumbres, etc., etc.,—y, abandonándolos, corrió á enrolarse en las filas del primer ejército de la independenciam.

Estuvo, y no se portó bien, en *Yuraycoragua*,

pero mas tarde asistió á las batallas de *Tucuman* y *Salta* y encontróse mezclado en las filas patriotas hasta el año 1817, en que regresó á su provincia natal.

Nombrado comandante general de campaña, como Rosas, como Quiroga, etc.; es con ese título que comienza su vida pública, si tal puede llamarse la de estos hombres que han retardado la organizacion del país, obstaculizando las grandes ventajas que debian obtenerse de la emancipacion; y en 1820, como aquellos, aparece sirviendo de instrumento á la *gente decente* de la tenencia de Santiago, para separarse de Tucuman.

Con ellos tambien, sea por inhabilidad de los que les empujaban ó por su astucia y popularidad, asume el mando y consigue perpetuarse en él hasta que la muerte es la única fuerza capaz de arrancárselo.

Varias veces hubo de ser asesinado.

En una ocasion en que el francés Sauvage, á quien hizo azotar por monedero falso, quiso vengarse de él, escapó de la manera siguiente:

Vivia con Ibarra su hermano Francisco, quien tenia una pieza al lado de la de aquél. Por aquellos dias estaba de paso en Santiago, muy pobre, un oficial Garrido, compañero de Ibarra en los ejércitos de la patria y, como lo hospedase, le hizo colocar una cama al lado de la de su hermano.

Una noche Ibarra se recostó en la cama de Garrido y, despues de conversar un rato con su hermano, ambos se quedaron dormidos.

El huésped entró un momento despues y, por no incomodar á su generoso amigo, pasó á la otra habitacion y se acostó en la cama de éste, cuya cabecera daba á la ventana de la calle, que se dejaba abierta por el calor.

Sauvage, que estaba resuelto á no pasar un dia mas sin realizar su deseo, se acercó á la ventana, se cercioró bien de que no podia ser otro que Ibarra el que dormia y, poniéndole una pistola sobre cada sien, le descerrajó dos tiros que, como es de suponerse, hicieron pedazos el cráneo de la víctima.

Esparció á voces la noticia de que el cacique de Santiago ya no existia, ¡y cuál no seria su sorpresa cuando supo que el desdichado Garrido, por una causa tan insignificante como casual, era el que habia desaparecido! Se le enjuició y fué fusilado.

---

Otra vez salvó su vida de un modo mas original. Reuníanse en casa de don José Domingo Iramain á jugar de noche, el coronel Lugones, Palacios, Herrera y otros quienes eran amigos personales de Ibarra, pero unitarios, y hacia algun tiempo que conspiraban sin que se notase, ni aun por aquél, que era infaltable á la tertulia donde de pié jugaba una ó dos onzas, conversaba algo y se retiraba para recogerse temprano, pues era gran madrugador.

Los conspiradores, que ocupaban la pieza que cuadraba el patio; de una casa espaciosa, como eran las antiguas de Santiago del Estero, colocaron una noche dos individuos en cada lado de la puerta de

calle, con la consigna de que cuando Ibarra entrase lo mataran en el zaguan.

Todo estaba como siempre. Ibarra llegó á la puerta de calle y allí se detuvo, notó que habia olvidado el pañuelo de manos, y como solo iba por matar el tiempo, les gritó de la puerta: — *¡Ya están jugando!*

— *Entre*, le contestaron los de adentro.

— *No, no soy calavera como vdes.*

Y al decir esto, tomó la vereda y se volvió tranquilamente á su casa.

Al dia siguiente supo de lo que habia escapado, de una manera aún mas que original.

Hemos dicho que el gobierno de Ibarra tenia algo de patriarcal, y en efecto, su costumbre de todos los dias apenas se levantaba, era sentarse en la puerta de su casa y como por allí desfilaban las sirvientas para el mercado, siempre cambiaban palabras con el *viejo*. Y así sabía él cuanto pasaba en cada hogar.

A la mañana siguiente, conforme á su hábito, supo que Herrera y Palacios se habian ido urgentemente para Tucuman la noche anterior.

Por el mismo conducto, que Lugones había salido precipitadamente á la misma hora á Catamarca y por fin la criada de la casa de Iramain le dijo que apenas se retiró, despues de las palabras que cambiara con los tertulianos, estos dejaron de jugar y se fueron y el patron mandó ensillar su caballo y no sabian qué rumbo tomó con grande apuro.

Estos datos y otros que le dieron despues le hi-

cieron saber que, por faltarle el pañuelo de manos, no habia caído en una celada difícil de evitar.

---

La tercera vez que se salvó de sus enemigos fué cuando, sublevado un comandante Rodriguez en 1840, acampó en las orillas del pueblo á tomar un churrasco mientras aclaraba. Lo vió el maestro platero *Luchi* y huyó á casa de Ibarra, llegó hasta él y lo despertó diciéndole: *Juan Felipe, dispará que vienen á matarte!*

Ibarra se reia y, medio somnoliento y fastidiado, lo echó para que le dejase continuar su sueño.

Pero fué tanta la insistencia del platero, que saltó de la cama y montó en su caballo, que estaba á la mano, en momentos que el invasor entraba á gritos en la plaza, corriendo hácia la casa del Gobernador.

Cuando tomó la calle con direccion al rio, fué visto y le hicieron fuego. No obstante les ganó terreno y atravesó á la Banda, donde tenia gran prestigio y estaba mas seguro que en su propia casa.

Los revolucionarios asaltaron el cuartel y lo tomaron, matando á su hermano Francisco.

Pero apenas circuló la voz de que el *viejo* estaba en la Banda, los mismos que rodeaban á Rodriguez, empezaron á desertarse y pasaban el rio á presentársele, entre ellos hasta el negro que se habia hecho dueño del caballo de su hermano.

Tres dias despues la reaccion proclamaba Gobernador al mismo Ibarra.

---

Pero, á pesar de los halagos con que lo mimara la fortuna durante su gobierno de treinta años, al finalizar el de 1850, tuvo los primeros síntomas del mal que habria de conducirle al sepulcro.

Como se verá, no obstante los progresos de la enfermedad Ibarra, no se resignaba á dejar la vida y menos el mando, que en sus manos lo creía eterno.

Ya en 1848, segun Zinny, «escribió á Rosas colocando la provincia de Santiago bajo la proteccion del Gobierno general, y en su testamento como Lopez el de Córdoba (1) y su homónimo del Paraguay hizo el legado de su autoridad, cual si fuese propia disponiendo que despues de su muerte *pasase* el gobierno de la misma á manos del Ilustre Restaurador de las leyes».

«Este contestó dándole la seguridad de que él velaria cuidadoso, á fin de que, en la provincia de Santiago, no tuviese lugar el desarrollo de pasiones innobles que pudieran perturbar la inquietud y libertad de sus ciudadanos».

A principios del año 1851, el mal que le aquejaba creció y las cartas que se leerán demuestran las alternativas del malestar y las impresiones porque pasaba el caudillo.

En enero 14, escribia á un amigo de su confianza.

---

(1) Este sujeto que tenia el apodo de *Quebracho*, por los verrugones de su rostro y que mandó en Córdoba diez y siete años es el que puso *Nuel Pez*, cuando le indicaron que solo usara media firma en los documentos oficiales.

«Aun no he subido á caballo, porque muchos amolones me han dicho que no he de poder subir todavía pero ayer he subido solo al carro, ya camino solo y sin baston; parece que voy á ser hombre nuevamente.

Es indudable que no carecía de fuerza de voluntad, pero su energía era hija del deseo de aparecer aun vigoroso ante sus gobernados y así el 17 decía: «Ayer he subido á caballo y no como *chapi*, sino como un buen paisano. Sigo en regular estado y con la esperanza de acompañarlos unos dias mas segun espero de la infinita misericordia del Todo Poderoso.

Esta carta ya no la firmó él, sino don José Antonio de la Zerda *de órden de S. E.*

Curioso es ver como cuando la enfermedad arreciaba, el mandon ponía sus ojos en la Providencia que habia olvidado en sus buenos tiempos, cuando ordenaba la muerte de sus enemigos é imponía los mas bárbaros castigos á sus paisanos.

Tres dias después se sentia bien y *con mucha esperanza* de completar esa mejoría.

El dia antes se habia vestido de parada, con su uniforme de General en el que ostentaba las medallas de *Tucuman* y *Salta*, cosa que solo hacia en el aniversario de la primera de estas batallas, en el que generalmente de buen humor, contaba los episodios de ella y recordaba con lágrimas al general Belgrano.

Desde el 23 de enero comenzó á alimentarse con leche de burra, para *ver si me endurezco más*, la que

parece que le fué provechosa, pues en carta del 28 que firmó, aunque con dificultad decia: «mi establecimiento sigue aunque no á pasos tan lijeros como yo deseo, pero no pienso en morirme hasta no verlos mejor arreglados á mis paisanos y mas seguros en su libre voluntad».

«En mis paseos de ayer y hoy he comprado cien caballos con los que voy á establecer una carrera de postas para un correo de gabinete, desde esta ciudad á la de Tucuman, para evitar de que anden buscando caballos para hacer chasques cuando me muera, para felicitar y avisar quién me ha de suceder en el gobierno y que venga á sentarse en el trono que esta Provincia les prepara».

«No creas por estas bromas de que yo piense en ser inmortal, pero si te diré que no los he de dejar cuando ellos quieran, sino cuando el que todo lo puede disponga de mí».

«La hinchazon me ha bajado bastante, estoy mejor que antes, me siento con agilidad y con mas esperanzas de acompañarlos un tiempo mas».

El ánimo habia vuelto al tiranuelo y ya confiaba en continuar por otra larga temporada como pastor del rebaño humano segun lo manifiesta en carta del 25 de febrero: «Hoy á las siete de la mañana he llegado de un paseo que el domingo hice á Aibe, si te digo que he quedado sano, no miento, hasta la hinchazon me ha bajado».

«Este favorable acontecimiento, me ha hecho pensar en visitarte y aún en pasar á Don Juan donde pienso llevar unas buenas mozas y con uvas y muy

lindas, para cuyo efecto quiero que me prepares de 14 á 16 animales mansos y buenos aunque sea entrando mis sillones, mis mulas tordillas ó plateadas y algunas otras mas que sean así mansas.....»

Ocho dias despues, su sobrino y secretario, Manuel Taboada—que heredó su gobierno en el que imitando al tío se mantuvo veinte años—escribía: «Mi tío está para salir en volanta con dos paquetas, las mismas que me dice las llevará allí, por cuyo motivo me encarga firmar esta » .....

Este paseo que promovía y deseaba realizar, era sin duda, mas que para distraerse, con el objeto de que los santiagueños se cerciorasen que aún estaba sano y en condiciones de mantener el poder.

Sus instintos dominadores se conservaban íntegros, pues con fecha 13 de marzo decía Taboada: «no te han engañado relativamente al tío, está malo, pero con el deseo de estar con vos en tu casa, lo he de sacar y apenas sepa que está bueno, nada me costará el hacerte avisar; no te aflijas por cosa alguna ».

«Mis acompañadas son una runfla de flamencas, en fin como eres estanciero nos darás ternero asado y nada más».

El viaje no pudo realizarse porque el caudillo se agravó considerablemente; agravacion que lo llevó al sepulcro el 15 de julio de 1851.

El médico que lo asistió, doctor Tomás Arias, no anduvo corto en sus honorarios, según se verá por esta cuenta cuyo original poseemos:

*Por asistencia médica que ha prestado al finado*

*don Juan Felipe Ibarra, desde el 1º de setiembre del año ppdo. hasta el 15 de julio del presente año 3,300 pesos.*

Santiago del Estero, julio 23 de 1851.

En Buenos Aires, *El Diario de la Tarde* del 1º de agosto dió la noticia de su fallecimiento, como ocasionado por una afección al corazón, en estos términos: «Los últimos momentos del gobernador Ibarra fueron tranquilos, y lo encontraron rodeado de numerosos amigos y de los auxilios de la religion. En este trance solemne no dejó de dar pruebas de su patriotismo, recomendando á sus conciudadanos su fidelidad al sistema federal de los pueblos y su adhesion constante y su fé invariable en su grande amigo el general Rosas como depositario de la voluntad y de las esperanzas de la Confederacion.

---

---

## Duelo histórico

El ejército de los Andes estaba acampado en *Chimbarongo*, á mediados de marzo de 1818, cuando tuvo lugar un incidente, entre dos de sus oficiales, que dió por resultado un duelo y que por la nombradía posterior de sus actores, se ha hecho célebre y ha pasado á la historia.

Los que cruzaron sus armas fueron Ramos y Brandsen.

Veamos quiénes eran ellos y por qué razon tuvo lugar el lance.



El despues coronel Pedro Ramos habia nacido en esta ciudad el 28 de junio de 1795 y sentado plaza de cadete en el regimiento de «Granaderos á caballo» en diciembre de 1813.

Estuvo en el segundo sitio y capitulacion de *Montevideo* en 1814, en la campaña contra el bandolero Artigas, en la de los Andes y batalla de *Chacabuco* en 1817 y en la del sud de Chile, asistiendo á las victorias de *Cura-*

*paligüe, Concepcion, Gavilan y Carampangue*, donde fué herido. En el momento á que hacemos referencia era ya Teniente con reputacion de bravo y excelente camarada.

El mas tarde coronel Cárlos Federico de Brandsen nació en París el 28 de noviembre de 1785, entró al servicio militar en Francia en 1811, asistió á varias campañas y batallas y cuatro años despues, á la caída del gran Napoleon, se retiró del ejército con el grado de capitán de caballeria.



Trasladado á Buenos Aires, en 1817 se le reconoció en el empleo que tenia y á fines del mismo año se incorporó en el campamento de las «Tablas» al 2º escuadron del regimiento de «Granaderos á caballo», á que estaba destinado y al que pertenecia Ramos.

Una noche, en la reunion de academia de oficiales, Brandsen manifestó «que no creia en el triunfo porque los oficiales del país no valian como los del enemigo, que eran europeos y aguerridos.»

Todos quedaron silenciosos.

Levantada la sesion, Ramos, por el amor patrio ofendido, ó porque le tuviera mala voluntad, desde que se habia agregado al escuadron con mayor categoria, le esperó en la puerta y al salir le detuvo, diciéndole: «Si vd. quiere saber cómo son los oficiales argentinos, espero sus padrinos.»

El arrogante francés no se hizo repetir la invitación y esa misma noche se concertó el duelo, que sería á sable, el afilado de los Granaderos, y hasta quedar inutilizado uno de los combatientes.

Ramos tenia por padrino al teniente (despues coronel Gerónimo de Olazábal).

Brandsen á su compatriota Viel (despues general de Chile).

El encuentro fué á la madrugada y de ambas partes se dieron pruebas de fortaleza y coraje.

Ramos recibió una pequeña herida en la raiz de la nariz sobre el ojo derecho hecha con la punta del sable.

Brandsen cayó con un feroz hachazo en la cabeza, que velozmente le dió su adversario, al descubrirse.

San Martin, que todo lo veía y lo sabia, apenas encontró á Ramos con un tafetan que le cubria la herida, le mandó arrestado y se trasladó al domicilio de Brandsen para cerciorarse de su estado. A pesar de la instancia que puso para que éste le dijera quién era su contrario, no lo consiguió, pues el francés, en mal castellano solo decia: *un argentin*.

---

Pocos dias despues tuvo lugar la batalla de *Maipú*.

Al comenzarse y oir el toque de generala, Ramos que estaba en el cuarto de banderas, voló á incorporarse á su escuadron.

San Martin, que le divisara, mandó decirle con

su ayudante de campo que «tomase ochenta hombres y cargara sobre el enemigo.»

Ramos eligió en un instante el número de soldados que se le indicaba y se entreveró en la contienda con ardoroso entusiasmo.

Al concluir la batalla, regresaba al cuartel general trayendo mas prisioneros que soldados, y San Martín, que apreció el resultado de la comision, le dijo: «capitan Ramos, está vd. en libertad.» Y él irguiéndose, hizo un saludo militar con su sable.

Un rato despues se le ordenó como á otros que corrieran en busca de Osorio, lo que ninguno consiguió, si bien afilaron sus sables sobre los que se resistian, y al caer la noche se retiró á su carpa, para recojer mas adelante los despachos, cordones y medallas con que premió la patria su conducta de aquel dia.

Brandsen sufrió por algun tiempo, no asistió á *Maipú* y, aunque restablecido por completo, conservó hasta su muerte la cicatriz de la *terrible cuchillada*.

---

---

## Una frase profunda



Quando gobernaba en la provincia de Buenos Aires el general Juan José Viamonte, comenzó á levantar el poncho Rosas, que ya le dolia estar fuera del poder y, como regresaba altanero y triunfador de su espedicion al Rio Negro, sus parciales se movian deseando llevarlo nuevamente á la primera magistratura.

Dicen las crónicas que la que mas alborotaba á los pseudo-federales era su esposa, y es indudable que en la masa de esta poblacion habia muchos y muy decididos partidarios del Restaurador de las leyes y Héroe del desierto.

Reinaba una constante agitacion y los hombres sérios y de valer del partido federal, si bien apreciaban la empresa que acaba de realizar con buen éxito el futuro tirano, rodeaban y apoyaban al general Viamonte, que era un personaje distinguido y un mandatario dignísimo.

El doctor Manuel José Garcia era su ministro, y vivia entonces en la esquina de Piedras y Alsina.

En los altos que miraban á la primera de aquellas calles tenia su gabinete el doctor Garcia y en la tarde del 29 de abril de 1834 se paseaba á lo largo del salon conversando con su colega el general don Tomás Guido.

De pronto, cuando ya oscurecia, se oyeron unas detonaciones, y como fueran en direccion á ellos, comprendieron inmediatamente que se trataba por lo menos de intimidarlos.

—¿Es á nosotros?—dijo Guido.

—No, amigo, es á esto—le replicó Garcia, señalando un estante de libros, en donde habíase incrustado una de las balas.

Los que habian hecho fuego eran tres ó cuatro ginetes emponchados y que trataban de cubrirse el rostro.

Apenas ejecutaron su propósito volvieron á gran galope por la calle de Piedras en direccion á Barracas, donde se reunian en esos dias sus correligionarios.

Al llegar á la esquina de Moreno, encontraron á Esteban Badlam que venia de la casa de la viuda del famoso patricio su pariente,—que es la hoy con el número 368,—y este jóven sorprendido en su camino por el ruido de los disparos y que algo alcanzó á divisar desde donde se encontraba, se detuvo y pudo reconocer á uno de los que huían.

—¿Qué es eso, paisano?—le preguntó entre azorado y convencido.

El aludido no contestó sino descerrajándole un tiro, que lo mató instantáneamente.

El sobrino de don Mariano Moreno era la primera víctima del terror que se inauguraba destruyendo esos actores silenciosos y enfilados que combaten las tiranías y la barbarie sin que se les puede degollar.

---

---

## Próceres en la indigencia

Tres siglos de coloniage hicieron estéril en América el pensamiento de sus hombres.

Las generaciones que se sucedieron, con raras excepciones, vegetaron en el silencio y la ignorancia, en el aislamiento y en la opresion. Los nativos que sobresalian en esos tiempos, apenas eran laboriosos compiladores ó rancieros cronistas.

No hubo en trescientos años un rayo de luz que iluminase el vasto teatro en que se desenvolvian millones de hombres y la libertad, como la ciencia, era palabra sin sentido en la zona poblada por España en el hemisferio de Colon.

Fué necesario el movimiento de 1809 para sacudir el indiferentismo, que como una maza de plomo habia acallado todas las voces y dominado todas las conciencias y ese mismo movimiento se debió á la decision de los que mas felices recorrieron la Europa estremecida por la revolucion francesa.

Al año siguiente todo estaba en ebullicion y el nuevo Continente se erguia altanero y dispuesto á la lucha contra la Metrópoli, que desatinadamente pretendió ahogar los sentimientos mas generosos y las aspiraciones mas justas de sus hijos.

La guerra de la emancipacion no fué el producto de las circunstancias difíciles porque atravesaba en esos momentos la Península,—ella se elaboraba instintivamente entre los criollos, como resultado de las persecuciones, de la humillacion y de la crueldad con que eran tratados por los españoles.

Esa poblacion numerosa que existia sin agitaciones y hasta sin espíritu, necesitó buscar un camino para sus anhelos y un desahogo para sus ambiciones, porque debia comprender que no era la paz de que gozaba, la paz benéfica para los pueblos, que no era ese mutismo, ni esa holgazaneria el ideal de la felicidad humana. Y por eso el primer grito de Libertad en tan inmensas comarcas, tuvo su éco de entusiasmo, de energía, de heroica disposicion al sacrificio!

La generacion llamada á actuar en aquel sublime drama aceptó el deber que se le imponia con una abnegacion que la ha hecho inmortal y acreedora á la gratitud de un mundo.

En él aparecieron tribunos elocuentes, génios estratégicos, talentos de primer orden, hombres austeros y de verdadero civismo, animados por la santa pasion de la patria, sin mas norte que hacerla independiente y verla constituida.

Y lucharon—lucharon abnegadamente con valor, constancia y desinterés.

Despues... unos mueren entre el torbellino de los combates fratricidas y otros se esparcen, tristes, pobres y desalentados, para contemplar el derrumbe de su magna obra.

Miranda es entregado por sus subalternos—San Martín desespera de sus trabajos y se aleja para siempre, enmudeciendo un cuarto de siglo, hasta que la muerte cierra sus labios en el extranjero. Bolívar cree que ha arado en el mar—Sucre es asesinado—O'Higgins proscrito—Belgrano desaparece en el olvido. Rivadavia, Alvear, Arenales, sucumben lejos de la patria, abatidos y sin esperanzas.

Y así, la mayor parte se van, sin alcanzar el móvil que indujo á realizar tan colosales empresas, tan portentosas hazañas.

Los que salvaron de la catástrofe, ¡cuántos padecieron!

Emigrados, perseguidos, lejos de sus hogares, no tuvieron mas compañeras que la melancolía y la miseria.

El estrépito de la revuelta, ha apagado hasta el suspiro de los mas y solo de unos pocos nos quedan testimonios del dolor, de los infortunios que soportaron.

Tenemos en nuestras manos cinco documentos autógrafos que ponen de manifiesto las desgracias por que pasaron.

Uno es de Salom, aquel general de Colombia que rindió el último baluarte español en América.

Era un soldado de molde especialísimo, sensato, denodado, humanitario y militar de no escasas luces,

Bolívar le llamó *inmaculado* y pidió para sí, á los enemigos que



General tuviera, «porque solo los malvados pueden profesar ódio á la virtud».

Valeroso? ¡Pero quién no lo fué si perteneció á la pléyade gigante de 1810!

Pues bien, Salom, cuya vida guerrera es la epopeya de Colombia, perecia de hambre, treinta y cinco años despues de haber arriado la bandera de Cárlos V en el real Felipe del Callao.

La generosidad de otro veterano, (1) que conocia sus méritos, llevó pan á la choza desaviada del benemérito soldado y he aquí las líneas con que agradecia la bellísima accion:

« El 20 del presente (mayo 22 de 1861) recibí su  
« carta del 18 y al mismo tiempo la del señor E....  
« incluyéndome los 375 pesos que vd. le entregó  
« para que me remitiese. ¿Vd. cree que pueda yo  
« tener voces bastante espresivas para poder darle  
« á vd. las gracias por el favor tan distinguido que  
« acaba de hacerme? Pues no las hay ó al menos  
« yo no las encuentro. Me ha sácado vd. de la  
« tumba, mi amigo, pues ya no sabia que hacer-  
« me. ¡Dios sea loado y se lo pague á vd.!»

« Ya he tenido que vender hasta las hevillas  
« de mis elásticos que me acompañaban cuarenta  
« años, usted calculará si estoy próximo á la exas-  
« peracion, pues soy un hombre pobre y con una  
« larga familia».

« Grave, muy grave está la patria. O hace crisis  
« el mal ó se muere la enferma; no encuentro otros

---

(1) El general Clemente Zárraga.

« términos con que manifestar esa disyuntiva ; y  
 « que nosotros! que hemos contribuido á formarla  
 « asistamos á su entierro? ; Parece increíble mas!!... »

« Disimule vd. la letra de esta carta, casi ininteli-  
 « gible, como obra de un viejo de 81 años, trémulo,  
 « corto de vista y escaso de cuanto es nato á la an-  
 « cianidad.»



La segunda carta es de Zelaya, el señor de aquella lanza argentina que aterraba al enemigo en las escabrosidades del Alto Perú, cuando veníamos en 1811 y cuando nos derrotaban en 1813.

Valiente y caballeresco, él fué de los primeros que se enrolaron en las filas de los libres y tambien de los primeros que hicieron armas contra la opresion.

Envuelto en las contiendas civiles, tuvo que pedir de comer á sus adversarios, porque la necesidad consumia su hogar.

La patria, que le habia condecorado se hallaba en convulsiones y él tuvo que arrojar esas prendas queridas, para alimentar á su familia.

Hay una debilidad en su carta? ; Pero quien no las tuvo!

El hambre es una razon suprema, que solo pueden comprenderla, aquellos que la han sufrido!

Y Zelaya, pasó ese rato amargo, cuando las instituciones andaban por el suelo, cuando la guerra sin cuartel amenazaba sombría para cimentar una dictadura y sus compañeros de causa, diseminados ó

errantes en el extranjero, no podían prestarle ayuda, ni arrancarlo de la tierra que tanto quiso y á la que consagró los mejores años de su existencia.

Fué en ese momento terrible, que suscribió las líneas que van á leerse, no obstante que despues pudo escapar de las garras del tirano, asilándose en Corrientes, donde permaneció hasta *Caseros*, desde cuyo dia regresó á Buenos Aires para cerrar los ojos, resignado, no satisfecho, porque la patria, dividida aun, se desangraba para organizarse tal como ellos lo desearon, tal como mas adelante sucedió.

Buenos Aires, abril 21 de 1835.

« Mi apreciado general, amigo y señor: Si vd.  
« recuerda la conversacion que tuvimos cuando tuve  
« el gusto de saludarlo en su casa, y lo que le dije  
« acerca de mi situacion, no debe estrañar que me  
« resuelva á dirigirle esta súplica. Mi estado es tan  
« deplorable hoy, que con dificultad podré resistir,  
« por mas tiempo sin infortunios; ya no me queda  
« mas recurso que esperar la proteccion de quien  
« puede aliviar mi desdicha. Hasta los escudos de  
« oro con que me habia condecorado la patria, he  
« tenido que venderlos para alimentar á mi fa-  
« milia...

« Mi fortuna ha concluido y yo veré padecer á  
« mi familia ó ella me verá padecer á mí si el go-  
« bierno no se compadece de mi situacion y me dá  
« algun destino cualquiera que sea, donde pueda  
« ganar mi subsistencia ».



Fué Zapiola un patriota distinguido, leal, modesto, de conocimientos, y de condiciones apreciables. Su figura militar resalta en el cuadro de los veteranos del ejército de los Andes.

Su comportacion en *Chacabuco* y *Maipú* y el sud de Chile, sus servicios permanentes á la autoridad, sin mezclarse en los motines ó agitaciones tan continuadas de su época, le hicieron acreedor al respeto de los contemporáneos y obligan á su posteridad.

Las tormentas de la anarquía le sacaron del escalafon en que revistaba dignamente y tuvo la grandeza de alma de soterrarse en el campo, buscando el sosten de sus hijos por medio del trabajo rudo; mas rudo para él, que habia vivido siempre en los campamentos. Pero le llegó un dia fatal en que sus esfuerzos no bastaban y en que los negocios le colocaron en la mayor pobreza. Entonces fundió en un mortero las medallas que adornaron su pecho en los dias de gloria y de pelea, para convertirlas en una mercancia que pudiera mitigar las penas del hogar.

Pero lo hecho no fué suficiente para cumplir sus deberes paternos. Hostilizado, sin recursos y sin una persona amiga que le consolára, llamó á la puerta de un antiguo subalterno para que sirviera de empeño, dándole las garantias que precisaba. Pedia que le dejasen lo que era suyo y apenas si pudo conseguirlo.

Arroyo de Luna, 16 de noviembre de 1839.

« Mi distinguido señor:

« Por no despachar el señor Asesor en tanto tiempo resultará mi ruina por el superior decreto que se me anuncia haber salido, si vd. no se complace de su antiguo Coronel interponiendo su poderoso influjo con el Exmo. señor Gobernador, á fin de que si que no pueda ser el todo del terreno en que estoy situado, me conceda alguna parte de él, pues de otra suerte tendré que vender cuanto tengo, y despues de pagar mis deudas, concluir lo que me reste, pues no me quedan medios de agenciar un peso para mantener mi numerosa familia. Vd. sabe mi situacion, y aprovechándome del interés que me manifestó en nuestra última vista es, que á pesar de sus muchas ocupaciones en la actualidad, me dirijo á vd. para que se sirva dar los pasos necesarios para la realizacion de esta mi solicitud....»

---

Otra carta á que hemos hecho referencia, pertenece al coronel Castañon; buen soldado, sin las aptitudes de su carrera, pero noble, sencillo y muy estimado en la sociedad y por sus conmlitones.

Fué edecan de Rivadavia y de Dorrego cuando estos ocuparon la primera magistratura de la República. La tragedia de 1828 le sacó de su empleo y desde entonces la indigencia constituyó el único patrimonio de su vida. ¿En qué podia trabajar quien nunca se vió precisado á hacerlo? Los tiem-

pos aquellos no brindaban estímulo alguno á los que no conocian el comercio y si á ello se agrega el alejamiento de los poderosos, podrá comprenderse cuántos sinsabores, cuántas angustias pasó Castañon en su miseria.

Tuvo su mal cuarto de hora y acudió á la generosidad del que fué su compañero de armas y su amigo, motivando unos renglones en que el temor de la negativa le hace vacilante é irresoluto en la emand a, que al fin deja traslucir, no sin molestarse, quizá con el corazon dilacerado, por un paso sin duda disgustante, pero no desdorado.

« Paisano y señor de todo mi respeto—Sírvase v. s. disimular no pase personalmente por lo bochornoso que me es este paso; sin embargo que un lastimoso estado disculpa cualquier arrojio; el mio es de tal naturaleza al verme despues de 30 años de servicios desde cadete á coronel, dentro y fuera de nuestra tierra, sin mi empleo y sin haber sido reformado, faltándome el pan de la boca que creia tenia ganado para toda mi vida. Hoy ya toco todos los extremos de las desdichas y miserias, que aunque no deshonoran, sonrojan á los hombres que agotadas sus relaciones y recursos, tienen que pedir abochornados como yo lo hago á v. s. que es un caballero.»

---

Manuel Valdez, fué un general de Colombia que se elevó á tan alto rango debido á su coraje y á sus virtudes militares—á éstos, á su audacia y á sus talentos se debió la victoria de *Bomboná* segun el

boletín de batalla de ese día firmado por Salom, y Bolívar le ascendió á General de división en los momentos que trepaba á la par de sus soldados las faldas del Volcán por donde realmente era imposible, «con un brío, dice Larrazabal, de que no hay ejemplo y que quizá no tenga imitadores. Era preciso avanzar por aquellas rocas escarpadas y desalojar á los españoles del punto que ocupaban. Y nuestros soldados los desalojaron..... subiendo por una escalera de bayonetas clavadas en precipicios! Cuatro compañías escogidas de Aragon defendían aquel punto inexpugnable pero no resistieron al ímpetu de Valdez, el primero en subir, el primero en destruir con una rábida heroica la resistencia».

Esto era en 1822 -- En 1830, muere el Libertador y Colombia segregada, desaparecía con su fundador. Valdez fué uno de los fieles á la gloria y aun á los errores de su grande hombre y por eso comenzó á padecer sinsabores y tristezas.

Muchos años se deslizaron así, quizá hasta su muerte, auxiliado pocas veces por sus amigos reconocidos y de corazón.

Las líneas que van en seguida son un testimonio de ello.

« Mi apreciado amigo:

« Recibí los veinte pesos con que su generosidad  
« ha querido auxiliarme; quedo muy agradecido,  
« pues han llegado en momentos muy angustiosos  
« para su antiguo y viejo amigo.»

---

De todas estas cartas deducimos que sus autores vivieron en la necesidad despues de actuar quince años en la política y en la guerra de la independencia.

Ocuparon algunos de ellos, altos empleos, fueron árbitros de vidas y haciendas durante el desempeño de las funciones á que les elevaron sus condiciones, sus calidades ó el interés de la patria, pero jamás tuvieron una tentacion deshonrosa y conservaron puros é insospechables sus nombres.

No es por lo tanto una indiscrecion descubrir el lamentable estado á que se vieron reducidos y que es un título á la consideracion de la historia.

¡Dichosa Nacion, la que puede presentar esos ejemplos de virtud, de probidad y de patriotismo!

---